



TERROR

BOLSILIBROS
EASA

Mortimer
Cody

SOLO DE VIOLIN
PARA DIFUNTOS

50 Ptas.



TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© MORTIMER CODY

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-03493-9

Depósito legal: M. 14.683 - 1982

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

SOLO DE VIOLIN PARA DIFUNTOS

Mortimer Cody

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1

Ε

L único que no hablaba en aquella reunión, ni se integraba en grupo alguno, era Troy Friggens.

Un jovenzuelo de veinte años, con la mirada turbia ya, a causa del *whisky* que estaba ingiriendo. Era delgado, enfermizo, con el cabello quizás demasiado largo, y muy negro, característica esta que predominaba en todos los Friggens.

En su contorno, Troy Friggens percibía las voces, algunas risas; los rumores propios de una reunión que no era demasiado numerosa, por cierto. Se trataba de una reunión íntima. Iba a celebrarse algo. Algo que solo interesaba a los Friggens: una ceremonia nupcial. Se casaba una Friggens; aquel atardecer, y en el yate en que se encontraban, en aguas del Atlántico, entre Boston y Hampton.

Los extraños a la familia eran el pastor, los tripulantes, invitados a la ceremonia, y... también el novio, claro está. Pero este último iba a ser de la familia muy en breve.

La reunión tenía lugar en un bonito salón del elegante yate propiedad de Clifton Friggens, que era el alma, la base, de la familia. Y la ceremonia se celebraría allí. Una boda íntima. Y al yate se encaminaba hacia Hampton Beach, en aquella dulce tarde de verano. Los novios habían proyectado pasar parte de la luna de miel en un «cottage» propiedad de los Friggens, en Hampton Beach, encarado a la playa, y lejos del bullicioso centro del núcleo turístico.

Una mujer, Lorena Friggens, abandonó la reunión, para acercarse al solitario Troy, a su sobrino huérfano. Troy la vio llegar, pero pareció no sentir interés por la presencia de tía Lorena. Esta, con cierta acritud, reproche, en su tono de voz, dijo:

—Has empezado a celebrar la boda demasiado pronto, Troy.

—Déjame en paz.

—Modera tu lengua y tus modales, Troy. Ya sé que preferirías haberte quedado en Boston, con tu repugnante pandilla de golfos como tú, pero cuando algo es cosa de los Friggens, es de «todos» los Friggens. Y has de estar aquí; es una ocasión grande para la familia...

—Una boda estúpida.

—¡Troy!

—Todos lo estamos pensando, y nadie lo dice.

—Pero...

—Hasta vuestro ídolo se está tragando la amargura que le produce este disparate. Míralo, tía Lorena... Está como hundido; casi como muerto...

Bajo su capa de maquillaje, tía Lorena palideció. Era aún joven; aún no había cumplido cuarenta años, y poseía buena figura, y su rostro resultaba de una atractiva madurez. Miró a Clifton Friggens, y, en efecto, le vio sentado, como si no se encontrase muy bien.

El ídolo de los Friggens... Quizá Troy, con su sinceridad tal vez inconsciente, o maligna, ¡quién sabe! había dado en el clavo: Clifton Friggens era el ídolo para toda la familia. El hombre que había hecho posible que los Friggens fuesen importantes, ricos, considerados en sociedad.

—Se casa su hija... su única hija, Troy. Es natural que tío Clifton esté emocionado... —musitó Lorena.

—¡Emocionado! Eres poco observadora, tía Lorena. No te muevas de aquí, de mi lado, y te darás cuenta de que cada cinco segundos nuestro ídolo, tío Clifton, dirige una mirada asesina a Gregory, al novio de Amanda.

—No sabes lo que dices, Troy... Estás bebido...

Tras un pestañeo, Lorena, sin poder evitarlo, estuvo espiando durante unos segundos a su hermano Clifton, al ídolo. Y se mordió el labio inferior. Había que ser ciego para no advertir la realidad: Troy tenía razón. Clifton, cansado, agotado... como muerto en su sillón, dirigía miradas... asesinas, a Gregory Nunn, el futuro miembro de la familia Friggens.

Y Troy, según reconocía en su fuero interno Lorena, estaba acertado en todas sus apreciaciones: la boda solo había sido aprobada por la única y exclusiva razón de que la había impuesto Amanda. Esta se había enamorado de Gregory Nunn, y se iba a casar con él.

Todos los presentes lo sabían: Gregory era un aventurero; un tipo muy atractivo, eso sí. Alto, de fuertes hombros, rubio, ojos grises, elegancia descuidada, mundología... Divorciado dos veces ya... No. No había caído bien entre los Friggens, pero Amanda se había expresado con toda claridad: O había boda... o habría algo peor.

Lorena, en su observación, captó que el reverendo Maddox, con discreción, se había acercado a Clifton, diciéndole algo.

Clifton miró su reloj, asintió con movimiento de cabeza, y se puso en pie. Instantes más tarde, abandonaba el salón, no sin antes dirigir una mirada asesina, una más, al futuro esposo de Amanda.

Clifton Friggens, impecable con su *smoking* blanco, pero con el rostro algo abotagado, con bolsas bajo los ojos oscuros, había salido al pasillo, para encaminarse en línea recta al camarote en el que debía estar Amanda, arreglándose para la ceremonia. Ya pasaban veinte minutos de la hora fijada, por lo cual el reverendo advirtió a Clifton.

Friggens llamó a la puerta del camarote.

Le abrieron casi de inmediato. Era Nora, la doncella que Amanda había traído para su servicio personal. Nora, emocionada, dejó paso al señor Friggens.

—Está lindísima, señor... ¡Lindísima! —exclamaba Nora.

Sobraba el comentario de Nora puesto que míster Friggens miraba a su hija, a Amanda, que sonreía feliz... y... un poco desafiante; o así se lo pareció a míster Friggens.

Amanda y míster Friggens se miraban a los ojos.

Ella, tranquila la voz, dijo:

—Suéltalo ya, papá.

—Solo quiero decirte que aún estás a tiempo de evitar esta... catástrofe Amanda... Aún no estás casada.

—¿Es todo?

—Sí...

—Entonces, por favor, vamos.

Míster Friggens tomó las manos de su hija; la miraba con súplica incluso; musitó:

—Amanda... esta si es la última vez que te pido...

—No, papá. Amo a Gregory. Vamos.

Tomó el brazo de su padre, y ambos salieron del camarote. Poco después, efectuaban su entrada en el salón. Mientras la novia sonreía a todos, se hizo un silencio desagradable. El reverendo Maddox estaba preparado para iniciar la ceremonia, El atractivo Gregory esperaba el momento, ya en su sitio, aguardando la llegada de la preciosa novia...

Amanda miró a todos. Tía Lorena, tía Carol... a Troy, que había dejado la barra del bar, y estaba apoyado en un tabique del salón, con rostro inexpresivo. Miró también a tío Orville... Tío Orville era el más joven de los hermanos Friggens, treinta y siete años, fuerte; parecía un acumulador de energías. Asustaba un poco, al principio, con su cabello tan espeso y negro, como el ceño, como los ojos...

Amanda miró también a tío Maxwell. Y a él le sonrió. Tío Maxwell era un hombre... dulce; un hombre extraño, del que se contaban muchas cosas que en poco o en nada le favorecían.

En realidad, tío Maxwell no era un Friggens. Tío Maxwell era hermano de la difunta madre de Amanda...

La joven y bella novia hubo de detener sus reflexiones. Su padre la dejaba ya junto a Gregory, y era lo único importante; era el motivo por el cual estaban allí, para celebrar la íntima ceremonia.

Una boda con breve ritual. Ya inevitable. Ya nada podía impedirla.

—... y os declaro marido y mujer.

Con aquello finalizaba la ceremonia.

No hubo gran entusiasmo a la hora de las obligadas felicitaciones. Tan solo cortesía por parte de algunos, y frialdad por parte de los

familiares, a excepción de Maxwell, el hombre dulce, de ojos azules, que besó en ambas mejillas a Amanda.

—¿Feliz, Amanda? —inquirió, con su voz culta, agradable.

—Mucho, tío Maxwell. Gracias.

En unos minutos se animó bastante la cosa, Troy puso música, para él, pero era inevitable que los demás la oyeran... Se bebía, se fumaba, se hablaba... Gregory trataba, con mucha voluntad, de captar alguna simpatía entre los Friggens, pero el hielo persistía... Tan solo tía Carol parecía ceder un poco... Carol no podía beber champán; se ponía demasiado tierna, estúpida... Rayando los cuarenta y cinco años, Carol hasta sintió cierta comezón de romanticismo... Pero ella sabía que se le pasaría en cuanto las burbujas del champán se hubiesen disipado.

Parecía que Gregory iba consiguiendo algo, sí, cuando de súbito una voz dominó el ambiente, la música, los rumores de conversación. Una voz extraña, desconocida, que provenía de algún sitio... Provenía de alguien a quién nadie veía...

—Atención, por favor —era la voz, potente y desconocida—. Mucha atención. Se trata de anunciarles una gran sorpresa.

Se produjo el silencio; se miraban entre sí. Se preguntaban quién era el autor de aquello, con la mirada, sin que hubiese respuesta en nada de los presentes.

Tras la ligerísima pausa, la voz prosiguió:

—Hay una bomba instalada en el yate. Actúa con mecanismo de relojería, y solo tienen quince minutos para encontrarla. Debo agregar que espero que no la encuentren. Y les concedo quince minutos de vida... de angustia. Busquen, señores, y mala suerte.

Cesó la voz.

El desconcierto empezó a cundir entre todos los presentes.

Se miraban, sin hablar; copas en mano, musiquilla a la que nadie hacía caso... Fue un tripulante quien señaló hacia un rincón del techo del salón, exclamando:

—¡Creo que ahí hay algo! ¡La voz brotaba de ahí!

Tronó la voz de Orville Friggens, el acumulador de energía.

—¡Esto es una estúpida broma! —estalló—. Quien haya tenido ese pésimo gusto que lo diga...

De pronto, sonó de nuevo la voz; descubierto el artillugio en el techo, desde el cual llegaba la desconocida voz; todos miraban hacia el lugar.

—Solo quiero aclararles algo: no es una broma. Y si no hallan la bomba... aquí nos despedimos.

Cliffon Friggens, entonces, asumió la responsabilidad, reaccionando. Fue preciso al hablar; y firme, como siempre:

—Hay que encontrar esa bomba. Nos distribuiremos. Cada uno buscará por un lado; por dónde se le ocurra que pueda estar oculto ese

artefacto.

—¿Y... y si no lo encontramos? —gimió Lorena.

—¡Hay que dar con ella! Somos aquí trece personas...

—¡Trece personas! —chilló Nora—. ¡El número de la mala suerte!

Pero nadie le hizo el menor caso; la tensión subía de tono por momentos. Gregory y Amanda, abrazados, pálidos, silenciosos, preferían escuchar la voz de mister Clifton Friggens. Como todos, en realidad.

—Repito: somos trece personas, contando con la colaboración del reverendo Maddox. No es imposible hallar esa bomba. El yate no es demasiado grande, y... sí, vamos a pasar quince minutos de angustia, pero podemos salvarnos. Como dije antes, es preferible que cada cual busque a su entender; cualquiera de nosotros puede tener suerte. Hay que buscar en camarotes; cubierta, sala de máquinas, incluso por el salón, la bodega... Me inclino por las interioridades del yate, más bien que por cubierta... Cuando hayamos encontrado la bomba, será cuestión de poner las cosas en claro. Pero no ahora, hay que salvarse.

—¡Y si no aparece, insisto! —gritó Lorena.

—Un minuto antes de esos quince señalados, tomaríamos los botes, y abandonaríamos el yate —dijo mister Friggens—. Pero... quiero salvarlo. ¡Y que nos salvemos todos! Lo inteligente, ahora es no perder más tiempo. ¡A buscar!

—¡No hay botes para todos...! —gritó alguien.

—Apenas nos salvaríamos tres o cuatro...

—¡Buscad! —estalló mister Clifton Friggens.

Fue como una desbandada; como una bandada de pájaros asustados que huyen de algo.

Ya no quedaba nadie en el pasillo, tan siquiera. La mayoría estaba en camarotes, bajando a la bodega, a la sala de motores...

Se oían gritos, gemidos... La histeria se desbordaba; nunca quince minutos parecerían, paradójicamente, tan largos, y tan cortos. Largos, por el terror. Cortos, por ser un margen de vida apenas apreciable; un soplo...

Amanda y Gregory, juntos habían pasado al interior de su camarote.

Apenas cerrar la puerta ambos se fundieron en un estrecho abrazo. Gregory notó que Amanda tenía miedo, que temblaba, pegada a él, que había tal vez más desesperación que otra cosa en aquellos besos, y en las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Gregory, amor mío... ¡Lo han hecho por nosotros, para separarnos! ¿Quién puede odiarnos tanto? Tú y yo lo único que hacemos es amarnos. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué?

—Tranquilízate, Amanda. Encontraremos la bomba... Y si no es así, veré la forma de salvar nuestras vidas...

—Gregory... es uno de la familia... ¿No lo comprendes? Solo los

Friggins sabíamos lo de la boda; su celebración en el yate, las personas que estarían presentes...

—Sí, Amanda, lo he comprendido, pero no perdamos tiempo. Encendamos la luz, y busquemos. Sospecho que nuestro camarote es el lugar elegido para la colocación de ese artefacto.

Alargó la mano para encender la luz; accionó el interruptor, pero la luz no se encendió.

—Nos han dejado a oscuras en el yate... —susurró.

Se oían, como lejanos, muchos gritos. En efecto, parecía que los fusibles habían sido manipulados por alguien. Y así, la terrible angustia de quince minutos sería mucho más negra...

Amanda, junto a Gregory, seguía con su temblor.

—Aun así, hay que buscar —dijo Gregory, que procuraba mantener la serenidad—. Guíate por el oído, como te dije.

—Sí... No me dejes sola, Gregory...

—No temas.

Tenían que moverse en la más completa oscuridad, ya que la cortinilla del ojo de buey estaba corrida. Gregory dijo:

—Ve a descorrer la cortinilla. Yo, mientras, bajaré la litera de este camarote. Tú podrás deslizarte debajo. Repito; guíate por el oído. Si identificas ese ruido que te he descrito, avísame... No toques nada. Date prisa...

Amanda aún le volvió a besar; parecía no querer separarse de él, pero a Gregory le acuciaba el deseo de vivir. Y tenía que pensar y actuar por los dos en aquellas circunstancias. Amanda, pues, convertida en algo invisible, iba hacia las cortinillas del ojo de buey, tanteando, desorientada, llorosa, temblando...

Gregory estaba quieto, atento el oído, por si percibía el fatídico tic-tac. Gregory no ignoraba hasta dónde puede llegar el oído... Estaba convencido de que un buen lugar para colocar el artefacto era el camarote de la novia...

Se produjo un leve chirrido a espaldas de Gregory. Este entendió que alguno de la familia, o el reverendo, cualquiera, trataba de buscar allí. Y empezó:

—Quien sea: estamos Amanda y yo buscando la...

Se oyó un golpe.

Gregory no pudo acabar la frase; en todo caso, la terminó con un ronco estertor; un sonido que solo podía ser producto de la agonía: una agonía dolorosa. Y al oír aquel estertor, el golpe, Amanda gritó con todas sus fuerzas, sin poder discernir qué ocurría.

—¡Gregory...! ¡Gregory! —llamó, descompuesta.

No había respuesta; pero notó algo... La puerta del camarote abierta; había un contraste de ambiente, de penumbras, entre el camarote cerrado, o abierto. Y aquello debía ser una sombra... Casi sin

darse cuenta, Amanda tocó la cortinilla, y la iba a abrir de golpe, a descorrer, cuando, de pronto, algo cayó sobre su rostro, sobre sus ojos, cegándola de inmediato, con agudo dolor, irritación; como si tuviera fuego en las cuencas oculares...

Su grito de dolor, de espanto, trascendió sin duda, pero nadie podía hacer caso, ya que todo el mundo gritaba, se desgañaba.

Cuando en su cerebro desgarrado empezó a recomponerse alguna pieza, Amanda ya se encontró de rodillas, ardiendo el rostro, sin visión, y gritando:

—Gregory... ¡Gregory! ¿Dónde estás? ¿Qué ha ocurrido...?

De rodillas, avanzaba, con los brazos tanteando, hasta que dio con un cuerpo.

Gritó.

¿Qué era aquello?

Empezó a tantear; no veía nada... Sentía un terrible dolor en los ojos, en el rostro; irritación, quemazón...

Tocaba un cuerpo, sí; unos cabellos, un cuello... Y su mano, temblorosa, agitada, fue deslizándose. Por mil detalles, reconoció a Gregory solo con el tacto. Algo le había ocurrido a Gregory...

—Amor mío, responde... ¡Responde! —sollozó, allí, de rodillas, cegada, junto a Gregory.

Trató de zarandearle; le acariciaba...

Y, de pronto, su mano pasó por la espalda de Gregory; aquella ancha y admirable espalda. Y fue cuando los helados dedos de Amanda quedaron tocando el cuchillo, el mango del puñal que estaba clavado profundamente en el cuerpo de Gregory... Amanda, al principio, se negaba a comprender. Sus dedos seguían tocando el cuchillo. La espalda. El cuchillo estaba clavado en la parte izquierda, en un punto vital... No percibía signo de vida en Gregory...

—¡Aquí, socorro! ¡Han matado a Gregory! ¡Aquí!

Sus gritos quizás eran oídos pero el cuarto de hora de plazo se estaba consumando. No podían prestarle atención... ¡Y eso que oía carreras y gritos por el pasillo! Malditos, malditos...

Capítulo 2

S

E había hecho la luz. Nick Dillon, el jefe de los tripulantes, como hacia donde estaba míster Friggens, en la sala de motor. Entró, jadeando...

—¡Señor, lo que imaginaba! —exclamó—. Eran los fusibles... La luz ahora nos permitirá una búsqueda más...

Todo era luz, entonces, sí. Pero no cesaban los gritos, las carreras, la histeria. De un momento a otro, como fieras, se lanzarían, utilizando uñas y dientes, hacia los botes... No obstante, algo ocurría. Había concentración de gente en el camarote de Amanda.

—Algo ocurre allí, señor... —murmuró Nick.

Sin despegar los labios, míster Friggens corrió hacia el camarote utilizado por Amanda para ponerse el traje de novia; sí, había varias personas... Un tripulante, el reverendo, Lorena y Carol, Orville... Estaban como petrificados allí, formando un obstáculo que Friggens, sintiendo estremecedores latidos, deshizo con violencia, hasta quedar a la vista de lo que sucedía.

Gregory en tierra, muerto, con el cuchillo en la espalda. Amanda de rodillas, estremecida, sollozando, con el rostro horripilante. Los ojos enrojecidos, torpes, sin vista, al parecer... Un rostro que poco antes había sido bello, feliz, juvenil...

—Dios mío, Dios mío... —era el reverendo.

—¡Solo queda minuto y medio! —gritó Orville.

Friggens no se movía. No podía. Estaba aterrado...

Orville, entonces, tomó el mando de la situación. Miró a sus hermanas, que estaban convertidas en estatuas líticas.

—Arriba... ¡A un bote, tenéis que salvaros! Los demás, a nado, o como sea. ¡Rápido! Reverendo, vaya con ellas. Usted, aquí, ya no puede hacer nada... ¡De una vez!

Orville, entonces, desde la puerta del camarote, miraba a Clifton, al ídolo de los Friggens, que se derrumbaba de rodillas junto a su hija; junto a Amanda, que, de pronto, ya no lloraba. Amanda, también de rodillas, con su traje de novia, enrojecido el rostro, los ojos, impávida la expresión, parecía haberse ausentado... Tan solo sus manos, una y otra vez, acariciaban aquella espalda, los cabellos de Gregory... y rozaban el mortífero cuchillo.

Sonó nerviosa la voz de Orville:

—Apenas un minuto, Clifton. Voy a ver si el salvamento, arriba, se

desarrolla con normalidad. Convence a Amanda. Rápido...

Se iba.

Oía música. ¿Quién era el loco?

Música de conjunto, psicodélica... Provenía del salón. Echó un vistazo apenas, de soslayo. Y distinguió la silueta de Troy Friggens. El imbécil estaba allí.

—¡Troy, fuera! —gritó—. ¡A cubierta! ¡Quedan segundos!

Se oyó la risita de Troy, y su voz:

—Ya no hay prisa, tío Orville...

—¿Eso crees, imbécil? Está bien... Allá tú si ya estás harto de la vida... Voy a...

—Te digo que no es necesario correr, ya no existe peligro, tío Orville —dijo con toda tranquilidad Troy Friggens.

Orville Friggens pestañeó.

—Estás borracho, y...

—Tal vez, siempre un poco... Pero hace ya un minuto que nos estamos alejando de la bomba... La arrojé al mar; por ahí —señaló el ojo de buey del salón con un gesto de la barbilla—. Es curioso... Se supone que nuestro... presunto asesino no tuvo en cuenta que alguien se dispusiera a morir oyendo música... Descubrí la bomba instalada en el «hi-fi»... En silencio de la música, oí el mecanismo... Tic-tac, tic-tac, tic-tac. Me dije: Es la bomba, Troy... Entonces, busqué y oí el artefacto. Puesto que no sé manejar esos mecanismos, me dije que lo más prudente era arrojarla al mar, al menos, que estalle lejos. En fin... iba a avisaros cuando...

La frase de Troy Friggens fue interrumpida, de un modo brusco.

Bastante lejano, el estallido resultó brutal.

Desde el ojo de buey pudo percibirse el resplandor... La bomba, por lo visto, no se había sumergido, y estalló a su debido tiempo. Se produjeron unas olas un poco más altas, el yate zozobró ligeramente, y allí, al parecer, cesaba la amenaza, el terror, el plazo de angustia.

Troy esbozó una vaga sonrisilla, y dijo:

—Bueno, acerté, ¿no, tío Orville?

Orville Friggens, muy pálido, empezaba a oír gritos a su espalda; llegaba gente. Sus hermanas, Nora, el reverendo, los tripulantes. Solo Clifton y Amanda no acudían. Por lo visto, nada de lo ocurrido les afectaba ya... Y se armó una tremenda algarabía; apenas dejaban hablar a Troy, y este explicaba de nuevo su hazaña, su suerte, su descubrimiento.

Quiso salir, pero llegaba en aquellos momentos Huck McRae, otro de los tripulantes, con rostro largo y pálido, convulso.

—Míster Friggens... —musitó, dirigiéndose a Orville.

—¿Qué hay, Huck? La explosión fue la bomba que nos amenazaba; no hay nada que temer ya, y ahora...

—No iba a referirme a eso, señor. Se trata de que falta un bote salvavidas... alguien, durante la oscuridad, la búsqueda, la confusión, lo utilizó para...

—Sigue, Huck... Sigue —pidió, ronca la voz, Orville Friggens.

—Señor, perdóneme, pero... alguien huyó del yate de la amenaza, con ese bote... Alguien que, es necesario sospecharlo, ha tenido que ver con todo lo ocurrido.

—Sin duda, Huck...

Y empezaron a mirarse; a contarse.

¿Quién faltaba allí?

Sonó la voz de Lorena:

—¿Dónde está Maxwell?

No había respuesta.

En aquel instante, Clifton, con el reverendo, y Amanda entre ambos, penetraban en el salón. Mudos de horror, todos contemplaban el rostro de Amanda, veían sus manos llenas de sangre; veían aquellos ojos como corroídos por algo... Como parte del rostro. La veían como un blanco fantasma; daba la impresión de que algo interior de Amanda había huido...

Se oyó de nuevo la voz de Lorena:

—¿Dónde está Maxwell?

Fue cuando Clifton levantó la cabeza. Y todos le miraban. Él, Clifton, el alma de la familia, tenía que pensar, decidir, interpretar los hechos... Huck, a requerimiento de Orville, le estaba explicando la desaparición de un bote.

Clifton notaba un peso sobre el lado izquierdo del pecho.

—Está bien... —musitó—. Ya sabemos quién ha sido el autor de todo esto... Maxwell lo preparó, y... mientras moría Gregory... y se desmoronaba mi hija, Maxwell, para salvarse de la explosión, abandonaba el yate con un bote... Maxwell Paxton, seas maldito donde te halles... —acabó por susurrar míster Friggens.

—¿Lo vamos a dejar así, Clifton? ¡Ha tratado de asesinarlos a todos! ¿Cuántos se hubieran salvado, de producirse la explosión? Clifton: ¿Vamos a permitir que Maxwell no pague?

—Quiero pensar, descansar antes un poco —musitó Clifton—. Lo más preciso ahora, es atender a Amanda. Huck: regreso inmediato a Boston, por favor.

★ ★ ★

Rumbo a Boston.

La ciudad no estaba ya lejos; es más: podían verse sus luces, en la clara noche de verano. Hileras de luces, rectas la mayoría, y más intrincadas en las zonas de South Boston y East Boston.

En su camarote, con el cerrojo interior corrido, alguien se estaba desnudando; alguien que, ya sin ropas, aparecía de un modo extraño, daba la impresión de ser una criatura escamosa, metálica... No obstante, aquella segunda piel, o lo que parecía, al menos, también se desprendía.

Era una segunda piel metálica, que cubría todo el cuerpo; solo cuello y cabeza, así como las manos, habían quedado visibles hasta entonces.

El traje de cota de malla, bien adosado al cuerpo, bien pegado, habría sido una magnífica protección. Pero era ya inútil, no servía, no había servido para nada. Las manos estaban despojando el cuerpo de la cota de malla. Y, entonces, sí apareció el cuerpo desnudo, la piel corriente de un ser humano. De un ser humano rabioso, lleno de ira, que aun desnudo, sin luz en el camarote, hizo un lío con las piezas de la pesada cota de malla, y fue a arrojarlas por el ojo de buey del camarote.

Lo arrojó todo con ira, sí. Aquello no flotaba, nunca sería una prueba, nunca sería hallada aquella cota de malla completísima...

Pero lo peor era el fracaso...

El estúpido, increíble, fracaso...

★ ★ ★

La enfermera se movía con mucha discreción por el cuarto; era una chica joven, amable, que había prestado mucha atención a aquella enferma, a *miss* Amanda Friggens... o viuda de Nunn. Se había acercado a Amanda, y le tocó la frente.

—¿Cómo se siente hoy, *miss* Friggens?

—Señora Nunn, por favor... —susurró Amanda.

—Perdone...

—Mal. Hoy, Laura, mal... No veo, ni puedo moverme...

La enfermera se mordió el labio inferior, meneaba la cabeza, con gesto compasivo.

—Lo siento... —murmuró—. Pero no debe desmoralizarse; no desmaye, señora Nunn... Ya sabe lo que le ha dicho el doctor...

—Pudo mentirme, Laura... —cortó Amanda.

—Le aseguro que no. Es la única verdad de su estado: usted, clínicamente, está curada. En tres semanas se ha corregido su rostro... las quemaduras, usted se ha visto en el espejo. Sus ojos, que apenas fueron dañados por el ácido, tienen una visión normal, o casi. Lo que sucede es que... esas cegueras, esas parálisis, obedecen a síntomas de histeria aguda; es una enfermedad conocida, no tiene secretos para los médicos, señora Nunn... Usted lo ha comprobado personalmente. Tiene crisis... como hoy, y remisiones... Tal vez la ayude a recuperarse una buena noticia que voy a darle: hoy regresa a su casa. La vendrán a

buscar esta tarde. ¿Qué me dice ahora?

Amanda no respondió.

La enfermera quedó cortada, encogida, al ver resbalar lágrimas por los pómulos de aquella mujer tendida en el blanco lecho, inmóvil, ciega, llena de angustia.

—¿Necesita algo, señora Nunn? —musitó Laura.

Tampoco obtuvo respuesta.

Entonces, Laura, sobrecogida, abandonó la habitación, sin hacer apenas ruido. Y Amanda, a solas, a oscuras, con el recuerdo en su mente, creyendo tener aún las manos húmedas y calientes por la sangre de Gregory, seguía con sus silenciosas lágrimas. Postrada, inútil, llena de resentimientos, de amargura...

Se daba cuenta, con horror, de que odiaba a todos... Todos sin excepción, odiaban a Gregory, hasta que acabaron con él... Se corrigió mentalmente: todos, a excepción de Maxwell, precisamente el asesino. Aquello era lo que el cerebro de Amanda no podía analizar.

Oyó un ruido; se abrió la puerta de la habitación, alguien se acercaba a ella. No le veía... No sabía quién era; alguien que entraba en silencio...

—¿Laura? —llamó, expectante.

Oyó la voz. ¡La voz...! ¡La recordaba! ¡La voz que por el micrófono instalado en el yate les había amenazado de muerte! ¡Era inconfundible, nunca la olvidaría!

La voz...

—¿Ya te ha dicho la verdad tu padre, Amanda? —fue lo que dijo la voz.

Amanda trataba de tragar saliva; parecía tener también la garganta paralizada. Si gritaba, quizás fuese peor... Se le nublaba el entendimiento...

—Maxwell... —susurró—. Eres tú, Maxwell...

Si pudiera moverse, gritar, huir... Si pudiera ver el rostro de aquel maldito asesino que la había destruido... Impotente, tenía que escucharle, no podía evitarlo...

—Repito: ¿te ha explicado tu padre la verdad?

—¿Qué... qué verdad? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué?

—No me estoy refiriendo a lo que sucedió en el yate, Amanda. Es otra verdad. ¿La sabes ya?

—No sé... ¡No lo sé!

—Tal vez no te lo ha explicado... —susurró la voz—. Pero lo hará... O lo haría en cualquier momento... Yo, a mi vez, voy a decirte otra cosa; grábala en tu cerebro: Tu padre es el culpable de todo... El asesinó a Gregory... ¿Comprendes? Fue tu padre... Y para que no le vieras, te arrojó el ácido a los ojos... Por eso lo hizo; entró, mató, tú ibas a descubrirle, y te cegó... aunque sabía que ibas a curar de los

efectos del ácido...

La voz se iba haciendo más apagada, impersonal, inhumana, por momentos.

—Lo hizo tu padre... y alguien más, quizás Lorena, lo sabía... Amanda, véngate. Odia... ¡Odia, odia, odia...! Odia y mata... ¿No te han sepultado en vida? Pues mata... ¡Mata, mata! Ya sabes una verdad, y aún sabrás más... —voz ronca, que acababa con silbidos.

Amanda hacía esfuerzos por hablar.

—No... no puedo... No puedo hacer nada... No veo, no puedo moverme.

—Eso es pasajero; tendrás momentos, días, de remisión de las crisis. Mata, entonces. De ti nadie ha tenido compasión...

—Eres... eres un monstruo, Maxwell... ¿Por qué? ¿Por qué todo esto?

—Volveremos a hablar, Amanda —cortó la voz.

—¿Cuándo? ¿Cómo es posible qué?

—Yo sabré cuándo no puedes verme ni moverte.

—Cobarde... —susurró Amanda, impotente, llorando de nuevo.

—Es solo la más estricta prudencia —dijo la voz.

—Entonces... todo lo que contaban de ti es cierto, tío Maxwell... No eres más que un pervertido, un malvado... Los Paxton, la familia de mi madre, la tuya, fueron... fueron a la ruina por tu culpa. Porque eres un holgazán, un loco, una mente retorcida, insensata, monstruosa... ¡Tío Maxwell!

La puerta.

Amanda había oído la puerta.

—Tío Maxwell... —llamó, de nuevo.

No podía ver; no podía moverse, no podía captar si ya estaba a solas... La total impotencia aun arrancó más lágrimas de sus ojos. La había dejado sola; no quería escucharla. Sola de nuevo, con aquella obsesión. Odiar, odiar, odiar... Y matar...

Capítulo 3

Ǝ

STABAN allí su padre, Nora, tía Carol y tía Lorena.

Todos poniendo el máximo interés, el máximo cariño.

Se habían trasladado del centro de Boston, donde Friggens desarrollaba su actividad de industrial joyero, a la mansión de reposo propiedad de los Paxton, íntegra propiedad de Amanda por herencia legítima, situada en las afueras de Boston, en Roxbury, Forrest Hills Street; un lugar silencioso, lleno de árboles, con vistas al Franklin Park, el mayor de Boston. Y a no mucha distancia del cementerio de la ciudad.

Cliffon Friggens hizo un gesto que, bien interpretado por los demás, significaba que quería quedarse a solas con Amanda. En efecto, se fueron las tres mujeres, y míster Friggens se acercó a su hija.

—Hija: tienes que hacer un esfuerzo...

—Sí. Dime: ¿enterrasteis a Gregory en el mausoleo de la familia?

—Desde luego...

—Gracias papá. El cementerio está cerca. Cuando pueda andar, iré a llevar flores a su tumba...

—¿Solo eres capaz de pensar en eso?

—Lo prefiero a pensar en otra cosa...

—Hija...

—Vete. Déjame sola, te lo suplico.

—Amanda... quiero ayudarte...

—Entonces, compláceme; déjame sola. Se han ido los demás, ¿no es así? Me pareció, al menos, que se iban...

—Sí, estamos tú y yo... Pensé que hablando podríamos...

—¿Ibas a decirme algo importante?

—¿Importante? Lo es el hecho de querer reconfortarte, de querer compartir tu angustia, tu dolor...

—No. No, no... Eso no tiene importancia... Déjame.

—Me asustas, Amanda.

Ella no despegó los labios.

Friggens salió del cuarto y tras vacilar un instante, fue al suyo. En tanto no oyera regresar a Orville, que cuidaba de los negocios aquellos días, no bajaría al salón. Además, quería meditar a solas y profundamente sobre cierta cuestión...

Había perdido la noción del tiempo cuando vio llegar a Orville en el

«Riley» oscuro. Aún no se movió. Tal vez, en realidad, estaba esperando oír alguna llamada de Amanda, pero no se producía...

Mientras, Orville Friggens, tras dejar el auto en el garaje, pasó a la casa por la puerta lateral. Llegó al vestíbulo y de allí fue hacia el salón, que estaba bien iluminado por la gran araña colgada del techo, en el centro, con cientos de lágrimas luminosas.

Al ver a Orville, las dos mujeres dejaron de hablar; le miraban con mucha fijeza.

Orville cerró la puerta; frunció el espeso ceño, mientras avanzaba hacia Lorena y Carol.

—¿Hablabais de mí?

—Sí —fue la seca respuesta de Carol.

—¿Ha llegado Amanda? ¿Cómo está? ¿Y Clifton?

—¿Y tu amante? —inquirió cortante, Carol.

Miró con mucha fijeza a Carol. Por un momento, pareció que iba a montar en cólera, pero se calmó y con voz tranquila, dijo:

—Natalie está perfectamente; muchas gracias.

Se abrió la puerta del salón en aquellos momentos y apareció Clifton Friggens. Iba ataviado con batín y su aspecto era el de un hombre al límite de sus fuerzas. Era alarmante verle tan postrado; se sentó con un suspiro, mirando a Orville.

—¿Un trago, Clifton? Parece que lo necesitas.

—No... Gracias, Orville. ¿Cómo marchan los negocios?

—Bien. Esa nave no corre el menor riesgo —sonrió Orville—. Hay cosas más preocupantes, tú mismo, por ejemplo. Hasta ahora tú has sido quien ha hecho sugerencias, quien ha dado consejos, Clifton... y espero que sea así durante muchos años aún, pero por una vez deja que sea yo el de las sugerencias: descansa. Realiza un viaje, por ejemplo. Incluso puedes llevarte a Amanda cuando mejore, cuando remita esa crisis... ¿He hablado demasiado o se advierte mi buena fe?

—Siéntate, Orville...

El tono grave de Clifton hizo que todas las miradas se posaran en él.

—Empezaré por decir que es cierto: me siento cansado. Muy cansado... Es... por lo de Amanda. Ninguno de nosotros va a engañarse ahora con Gregory: todos deseábamos que ocurriese algo para que esa boda jamás se llevara a cabo... Y ocurrió. Dejemos, pues, a Gregory al margen... Se trata de Amanda, como comprenderéis. Y de mí. Yo he luchado para nada...

Tal vez aquello era una clara alusión a lo inútiles que resultaban ellas en la familia.

—Pero...

—Cállate, Carol. Los culpables somos nosotros. Todos. Ni siquiera, empezando por mí, supimos disimular que odiábamos a Gregory...

Aquí debo recordar nuestro origen, nuestra familia, nuestra miseria cuando llegamos a Boston procedentes de Irlanda y nos metimos en una pocilga del barrio Sur. Hoy, el dinero, el poder, la riqueza, nos ha pulido por fuera, pero por nuestro interior no nos ha hecho ningún bien; somos los mismos. Mezquinos, ruines, ¿por qué no decirlo? hasta un tanto malvados. Lo que temo es que Amanda, junto a nosotros, no se recupere jamás. Ella, cada vez que vea a cualquiera de nosotros, incluido yo, pensará en su tragedia, de la que, en el grado que sea, todos somos culpables. Ella sabe que odiábamos al hombre que ella amaba. Nuestras caras serán visiones monstruosas, deformes, que pueden alterar para siempre su vida, en el peor sentido.

Intervino Orville:

—Creo que estás exagerando, Cliffton... Nosotros no hicimos nada que... Creo que hemos sido honestos...

—Sí, hasta cierto punto. Pero vamos a dejar ya todo esto. Se trata de mi decisión, que he tomado mientras esperaba la llegada de Orville: tenéis que marcharos de aquí. No quiero que Amanda os vea continuamente. Yo, de momento, me quedo, pero solo hasta el momento de comprender si debo también desaparecer de la vida de mi hija.

Se hizo un pesado silencio en el salón.

—Cliffton... ¿hablasen serio? —musitó Lorena.

—Sí.

—¿Nos echas de aquí? ¿Nos...?

—No hagas de esto una tragedia, Lorena. Deberíamos comprender todos que no es posible convivir con Amanda. Y entre ella y vosotros, he hecho mí elección.

—¿Entiendes que debemos irnos ahora mismo, Cliffton?

—No hay por qué precipitarse de ese modo. Yo trato de razonar y os suplico que hagáis lo mismo. Mañana por la mañana, si alguien no ha comprendido lo que quiero decir, que se quede. Si alguien lo entiende, si alguien tiene sensibilidad suficiente para ello, que se marche. Amanda no debe veros más... Dice que se encuentra en un mundo nuevo, en una nueva vida... Me asusta lo que pueda estar pensando...

—Ya... ¿Vamos a descansar, Cliffton? Oh, no lo dudes: me marcharé mañana mismo. Y si es posible, sin que Amanda lo note. Deberíamos hacerlo todos así... Dejarla en paz sin que note que lo hacemos y quizás al no vernos se vaya recuperando... Sí; decididamente, Cliffton: tienes razón. ¿Subes?

—Dentro de unos minutos. Fumaré un cigarrillo. ¿Necesitarás algún dinero extra, Orville?

—Pues... no creo... No, de momento.

—Hasta mañana, entonces. Sigue ocupándote de todo, por favor.

Parecía que Orville Friggens iba a salir de allí sin más, pero de

espaldas a Cliffton, permaneció unos instantes pensativo.

—¿Hay algo más?

—Sabes que sí, Cliffton. No has querido asustarnos. Lorena y Carol se hubiesen puesto muy nerviosas... Lo que en realidad pretendes es que los Friggens, en lo sucesivo, ofrezcamos blancos separados. Yo no olvido que Maxwell se marchó del yate y es obvio, sabe que lo de la bomba fracasó. Lo más probable es que insista en eliminarnos a todos... Y si los Friggens seguimos juntos, podría barrernos de un golpe, más certero esta vez... Separados, si muere alguno de nosotros, los demás estaremos bien avisados...

—Admito que es eso lo que me propongo, Orville.

—Sí, no hay duda... Pero han pasado unas tres semanas y Maxwell no ha vuelto a intentarlo, no da señales de vida... Quizás solo intenta confiarnos, lo cual no va a conseguir —dijo Orville—. En fin, es todo, Cliffton. Buenas noches...

Capítulo 4

Ǝ

STABA destapada de cintura para arriba, ataviada con su camisón; la ventana permanecía entornada y Amanda, cerrados los ojos, deseaba con todas sus fuerzas que llegase el día que entrase el sol por la ventana y ella pudiera verlo... Oír el trino de los pájaros, asomarse a la ventana, cerrar los ojos heridos por el sol...

Transcurrió mucho rato y Amanda, sin dejar de llorar, se había dormido. Parecía que dormida seguían sus pesadillas, seguían resbalando las lágrimas por sus pómulos...

—Amanda, despierta. ¡Despierta!

Abrió los ojos de pronto.

No. No había rayos de sol; no la hería nada. Estaban tan ciegos como antes, pero, ¿qué la había despertado...? No veía nada, no oía nada en aquellos momentos.

—¿Me oyes, Amanda?

¡La voz!

Aquella voz inolvidable, asesina... La voz desfigurada de tío Maxwell... ¡Estaba allí!

—Tío Maxwell... —susurró—. Acaba... conmigo también...

—No. No, no... Eres tú quien debe matar. Tú odias, ¿no es así? Piensa en eso; concéntrate en eso. Levántate de ahí y mata... Tú sabes quién clavó el cuchillo, tú lo sabes... Tú odias, Amanda. Entonces, devuelve los golpes... Puedes hacerlo, Amanda. Es cuestión de voluntad, deja que el odio sea lo más fuerte; libéralo y libérate a ti misma... No eres una inválida, no estás ciega... Puesto que odias, vives... Y tienes algo que hacer... Matar...

—No puedo... Eres un monstruo...

—Puedes... ¡Puedes! —silbaba la ronca voz—. Cierra los ojos, convéncete de que vas a levantarte de ese lecho... ¡Y mata!

Parecía que el cuerpo de Amanda, de pronto, iba a recobrar algo de vida, pero todo acabó en un temblor que se apagó casi al instante, mientras Amanda estallaba en sollozos, que una mano tuvo que ahogar; una mano que amordazaba, que apretaba, que impedía la respiración de la joven Amanda, sumida en la más profunda de las angustias.

La mano la dejó libre.

La voz había callado. Volvía a estar sola.

Jamás dejaría su ventana abierta; jamás...

¿O había sido una pesadilla, la pesadilla que le llenaba los ojos de lágrimas?

★ ★ ★

Todo el mundo estaba sumido en el sueño. En el más profundo sueño, o en la más inquietante pesadilla. La oscuridad era total, pero los pasos, sin la menor vacilación, sin apenas un levísimo rumor, se deslizaban por el pasillo.

Unos pasos lentos, muy lentos.

Luego se detuvieron ante la puerta de una de las habitaciones. Alguien dormía allí dentro. Detrás de aquella puerta, muy fácil de abrir, había alguien. Y la puerta se abría sin ruido. Un margen suficiente, no había por qué abrirla del todo. Solo para que los pasos siguieran deslizándose hacia el interior del cuarto: hacia un lecho, en el que había alguien.

Los pasos se detuvieron junto al lecho; se oía una respiración.

Brilló algo un instante. Luego, se produjo un choque, un golpe. Entre claroscuros, movimientos en el exterior... Y los pasos se alejaban, quizás un poco más rápidos...

★ ★ ★

—Nora.

La criada acudió al instante.

—Sube en busca de *miss* Lorena. Dile que estamos esperándola.

Orville, tranquilo, pensando tal vez en los problemas del día relativos al negocio de la industria joyera, parecía un poco ausente de todo aquello. Estaba terminando el café, sin prisas. Le desagradaba la idea de enfrentarse a una histérica Lorena, que tendría los ojos hinchados, la voz quebrada, el sollozo a punto... Pero no quería dejar solo a Clifton, o al menos eso dio a entender, por la mirada que dirigió a su hermano.

Terminó el café e iba a encender un cigarrillo, cuando su mano derecha respingó; mientras, Carol casi saltaba de la silla. En cuanto a Clifton, se tensaba. Y todos, sin excepción, miraban hacia la puerta de la cocina.

El grito largo, había llegado hasta ellos.

Y se repetía...

—Algo ha ocurrido —musitó Clifton—. Era Nora quien gritaba... ¡vamos!

Pisándole los talones, los tres Friggens subían al piso, donde estaban las habitaciones. Clifton apenas supo disimular su alivio al ver que la puerta del cuarto de Amanda estaba cerrada y allí nada sucedía.

Era en el cuarto de Lorena; la puerta estaba abierta.

Lo primero que vieron, al pasar a la estancia, fue a Nora caída en el suelo, víctima de un desvanecimiento, al parecer; luego, las cortinas descorridas por la propia Nora, que estaba bajo la ventana permitían ver con toda claridad el resto.

Lorena estaba aún en el lecho; parecía dormida...

Pero no... Nadie duerme con los ojos casi desorbitados.

Estaba de costado y aún tardaron unos segundos en ver el mango del cuchillo que sobresalía por la espalda de Lorena.

Estaba rígida ya, en pleno «rigor mortis». Blanca, fría, muerta.

Tras el silencio, empezó a percibirse el rumor que producían las convulsiones de Carol Friggens. En cuanto a los dos nombres, estaban muy quietos, sin color en el rostro, desconcierto y miedo en los ojos.

—Carol, quédate, no entres... —susurró Clifton reaccionando.

Carol retrocedió dos pasos.

—Clifton... —susurró—. ¿Reconoces él... cuchillo?

—Sí... Sí, sí... Con él mataron a Gregory... Es el mismo que Gregory tenía clavado en la espalda.

—¿Quién pudo tomarlo?

—No lo sé... Yo mismo lo guardé... No le di importancia al detalle; quizás lo dejé en mi despacho, no sé... Puesto que decidimos no mezclar a la policía, el cuchillo carecía de importancia, o así lo creí yo entonces. ¿Quién ha podido tomarlo y... y hacer esto, Orville? ¿Quién?

—Conoces la respuesta... —susurró Orville—. Por lo visto, esta vez Maxwell no ha fallado su golpe.

—¿Qué hacemos, Clifton? ¿Qué es lo más práctico en este caso?

—Déjame reflexionar...

—Si la policía interviene...

—¡No! —masculló Clifton—. No, no... Ya no es posible, Orville. No quiero escándalos... Pero no es eso todo. Se trata de que si ahora ponemos lo ocurrido con Lorena en conocimiento de la policía, nos sonsacarían, nos acribillarían a preguntas y acabaríamos por confesar que Lorena no es la primera víctima de un loco llamado Maxwell Paxton... Y tendríamos que explicar por qué no hablamos sobre el crimen del yate, sobre la amenaza de la bomba... Hemos estado ocultando el cadáver de Gregory... Es un delito, Orville, ya lo sabes...

—¿Entonces?

—Tendremos que solucionarlo por nosotros mismos... En cuanto a Lorena, por ella solo podemos hacer una cosa; enterrarla. Irá al mausoleo... Un entierro discreto, sin gente, sin noticias... La podríamos enterrar esta misma noche. Yo tengo influencia, amigos, Orville. Alguien de más confianza me echará una mano...

—Puedes andar, Amanda. Y puedes ver. ¡Te ordeno que andes y veas!

Otra vez la voz.

—Anoche mataste... Ahora tienes que hacerlo otra vez, Amanda...

—Yo no... Yo no me he movido de aquí, tío Maxwell...

—¡Lo hiciste tú! Y tienes que volver a hacerlo... ¡Te lo ordeno, Amanda! ¡Mata!

La voz cesó.

—¿Tío Maxwell?

Ya se había ido...

Capítulo 5

L

A chalupa estaba atracada en el puerto comercial de Boston; perdida entre miles de barcos de las más heterogéneas clases y banderas. La chalupa era vieja; había grietas por las que cabían ratas de regular tamaño; flotaba en un muelle, lleno de manchas de grasa, de desperdicios de todas clases, visibles en la superficie del mar, negro en aquella zona.

El interior, si no más nuevo, sí resultaba un poco más confortable. Había un camarote en el que se desempeñaban todas las funciones. Un viejo salón de madera, con ventana al mar, por cuyas rendijas penetraba la brisa con un silbido.

Troy Friggens estaba tirado en un banco de madera, con un vaso de *whisky* en la mano; descamisado, sudoroso, con el negro cabello muy desgredado. Annie estaba sentada junto a él, fumando, cruzadas las piernas, bonitas y juveniles piernas, por cierto.

—Bueno, Annie, les dimos esquinazo, ¿eh? La verdad es que me he metido en un lío... —decía Troy—. Espero que aquí nos hallemos a salvo.

—Aquí no te encontrarán. Si quieres que sea sincera, debo decirte que no sé por qué hago esto por ti; no lo mereces...

—Yo pensé que era una broma, Annie... —murmuró—. ¿Cómo iba a suponer que lo tomaban en serio? Es... ridículo, absurdo. ¿No lo entiendes?

—Se trata de que se lo hagas entender a ellos, Troy.

—La verdad es que prefiero que no vuelvan a echarme la vista encima... Annie, tú y yo somos buenos amigos, ¿no es así?

Troy alargó un brazo; tratando de tomar a Annie por la nuca, y atraerla hacia sí, pero ella se echó un poco hacia atrás, esquivándole, sin dejar de mirarle con... aquella frialdad que empezaba a molestar bastante a Troy.

—Annie... he dicho que te acerques... —susurró Troy.

Ella vaciló aún; por fin, dejó que la mano de Troy tomase su nuca; dejaba que los labios de Troy se acercaran a los suyos. Incluso permitió que Troy alargase el beso.

Cuando Troy la soltó, respirando hondo, aún la miró a los ojos un instante. Luego, de un modo brusco, palideció intensamente. Al mismo tiempo, abandonaba su cómoda postura en el banco y empezaba a

ponerse en pie. Estaba mirando hacia la puerta del camarote de la chalupa...

—Ahí tenéis a Judas, muchachos...

Troy, en pie pero encorvado, empezando a sudar, miraba sin comprender aún muy bien, a los cuatro muchachos y a Annie, que se había ido a un rincón, con cara impasible. Por lo demás, el silencio de los recién aparecidos era en verdad inquietante; tanto más que si se hubiesen abalanzado contra Troy, como este esperaba.

Estaban quietos, mirándole con mucha fijeza; todos rostros jóvenes, todos con abundante cabello, y uno con una poblada barba rubia. Había hielo en las pupilas de los cuatro muchachos. Duke, Spencer, Dave y Elmer... Vestía texanos, jerséis y cazadoras. Variaba en algo el colorido, pero parecía una especie de uniforme.

Troy, cayéndole el sudor sienes abajo, miró a los cuatro muchachos.

—Escuchad, se lo acababa de decir a Annie... Yo creí que todo era una broma. ¡Tenéis que creerme! Nunca pensé que os podía causar un perjuicio; somos amigos, ¿no es así?

Fue Duke, el de la barba, quien adelantó un paso.

Troy tragó saliva, su nuez resultaba un bulto espasmódico en aquellos instantes, sudaba con mayor profusión.

—¿Cómo iba a imaginar que realizarías ese atraco, Duke? ¿Cómo?

—casi gritó—. Yo... yo soy un golfo, lo sé... pero mi familia... Ya sabéis, ¿no es así? Yo... yo no puedo mezclarme en esos atracos, en... en golpes, en... No es para mí. Yo puedo realizar algún juego más o menos sucio, pero con el que solo me perjudique yo mismo...

—Entonces, Troy, debiste buscar otras compañías.

—Yo conocí a Annie... y luego a vosotros...

—Está bien, basta de palabras. Tan solo me queda algo por decirte: teníamos en nuestras manos un botín de más de siete mil dólares... que perdimos durante la fuga. Dave perdió la serenidad y el dinero, claro... Pero no es culpable; todos nos pusimos nerviosos. Todos... excepto tú, que no estabas.

—Esperad... Quiero que me escuchéis. Está bien: reconozco que me equivoqué, que os he perjudicado y por lo que me ha contado Duke, aún pudo haber sido mucho peor. Lo reconozco todo, pero no os precipitéis... Decís que perdisteis siete mil dólares, ¿no es así?

—Sí. Algo más de siete mil dólares.

—¿Y... pensáis cobraros con una paliza, acaso con...?

—No, Troy, no lo has comprendido. Si tan distinto de nosotros te considerabas, o te consideras, debiste ir por otros rumbos. Nosotros hemos emprendido un camino y... este va a ser nuestro primer crimen...

—Estáis locos... Supongamos que yo os diera diez mil dólares... ¡Digo diez mil dólares! Sabéis que mi familia es millonaria...

—Y sabemos que no te darán un centavo, Troy.

—Te equivocas, Duke... ¡Lo juro! Esto es grave para mí y para ellos... Diez mil dólares... Puedo conseguirlos. Dadme un plazo; horas. Horas tan solo... Pensadlo, no os precipitéis... Vais a ganar ese dinero con mucha más facilidad de la que supone un... un atraco...

—No está diciendo más que tonterías —gruñó Elmer—. Ya basta.

Elmer avanzó dos pasos.

Su navaja de muelles, al accionar el botón, dejó visible la brillante hoja de acero.

Fue Duke. Las navajas quedaron quietas.

—Matar a una rata, muchachos, no es una proeza, ni nada que a la larga reporte beneficios... Recurramos a la inteligencia y pensemos que lo extraordinario en verdad sería conseguir de una rata diez mil dólares. Y eso es lo que vamos a hacer. La rata, ya lo habéis entendido, es Troy... ¿De acuerdo? Tu pellejo vale diez mil dólares, Troy.

★ ★ ★

Algo estaba ocurriendo... Era en el ventanal del salón-despacho. Algo crujía, si bien débilmente, en el ventanal; un poco de aire hizo moverse las cortinas, lo cual indicaba que desde el exterior alguien trataba de penetrar en el salón.

En efecto, el tembloroso Troy Friggens, sin la menor firmeza sin convicción en sus fuerzas, en que saliera bien lo que iba a hacer, estaba ya forzando la ventana; no era difícil. Podría saltar antes de un minuto, a través de las hojas abiertas.

Una vez dentro, Troy hasta había llegado a pensar, en su desesperación, llamar a toda la familia o cuando menos, a tío Clifton, y a ponerle al corriente de su desesperada situación... Pero cuanto más se acercaba el momento, mayores eran sus dudas... Tío Clifton, tan rígido, severo, puritano de nuevo cuño, no se lo perdonaría; era capaz de abandonarle a su suerte.

Decidido pues: actuaría por sus propios medios.

Y cuando se encontró al otro lado de la ventana, ya en el salón, se sintió acometido por un ataque de risa histérica, al ver la facilidad con que se desarrollaba todo... Pudo contenerse, sin embargo. Sabía muy bien dónde estaba la caja fuerte, y, lo que era mejor, conocía la combinación.

Ante la salvación representada por la caja fuerte y su contenido, no debía vacilar más, ni perder el tiempo.

Era fácil, conociendo la combinación, cedía, sí... Pudo abrir la caja. Todo estribaba ya en el dinero que tuviera allí tío Clifton. Aunque no estuvieran los diez mil dólares, se conformaba; bastaban seis o siete mil... Serían la prueba que convencería a Duke de que debían confiar

en él para obtener el resto...

Introdujo la mano, le pareció que tío Clifton se había aprovisionado bien de dinero en efectivo.

Cerró la caja.

Hizo un poco de ruido.

Pero algo, otro rumor, resultó más audible aún; un rumor que hizo respingar a Troy, mirar hacia el tresillo que había al otro lado, en el otro paño de pared y empezar a sudar de pronto... ¡Porque le había visto! Allí, sentado, con los ojos abiertos, alguien le había visto. Alguien a quién se le había caído un libro de las manos. Alguien tan silencioso que... que era, en opinión de Troy, un puro reproche.

Era extraño... Aquellos ojos tan abiertos, fijos... Fijos, quizás en el infinito; como dos globos perdidos en el aire, en el espacio, fuera de rumbo... Y aquella inmovilidad total; las manos que habían dejado caer el libro.

Cuando la realidad llegó al cerebro de Troy, este apenas pudo contener un grito de espanto.

Muerto... estaba muerto. ¡Muerto!

Mil ideas se atropellaron en su cerebro en aquel instante. Si estaba muerto, no le había visto... Y si le había visto, no diría nada... Troy, completamente aturdido, pensó en sí mismo en aquellos momentos, estaba muy impresionado, eso sí, pero pensó en sí mismo. De modo egoísta, cobarde, canallesco, incluso optó por huir con el dinero. ¡Tenía que hacerlo, le estaban esperando Duke y los otros! ¿Qué iba a explicarles a ellos? ¡Ellos solo querían el dinero!

Capítulo 6

H

ABIA algo que Troy no olvidó: contar el dinero.

Había algo más de doce mil dólares y por tanto, el resto de los diez mil los guardó en un bolsillo del pantalón.

Saltó el muro de la mansión y allí, en la carretera, cerca, de espaldas al cementerio que se veía, una colina triste con los cipreses airoso, estaban Duke, Dave, Spencer, y Elmer... Les vio solo cuando ellos salieron a su encuentro.

—Aquí, Troy —era Duke.

Troy se acercó a ellos.

—¿Traes el dinero? —inquirió Duke.

—Sí...

—Dame.

Las manos temblorosas de Troy tendieron el fajo con los diez mil dólares a Duke. Este casi le arrebató el dinero de un tirón, y alargó el brazo hacia Dave, diciendo:

—Cuéntalo.

Dave contaba.

Troy miraba a su alrededor, vio, entre árboles, las motocicletas de Dave y Duke, apoyadas en los troncos. Miró también hacia los muros de la mansión, vio la silueta del edificio, y se estremeció visiblemente, cuando Dave decía:

—Diez mil. Hemos hecho un buen negocio, ¿no, Duke?

—Buenísimo. Despidámonos de Troy, pero... no sin antes darle un buen consejo. ¿Bien, Troy? Escúchalo: en lo sucesivo, no te tomes a broma lo que va en serio. Y... nada más. Despediros de él, muchachos.

Troy no lo esperaba. El primer puñetazo, en pleno estómago, fue obra del propio Duke. Cuando estaba inclinado, lleno de angustia, empezaron los demás. De todos modos, era curioso: Troy apenas sentía dolor; aquellos golpes eran casi como una liberación... Otra clase de tortura le causaba más dolor, más pavor... Recibía golpes, y su cerebro solo podía registrar la imagen del muerto, con los ojos tan abiertos... Aquellos ojos que él creía que le habían visto...

Se encontró en tierra; la boca pegada al suelo; se tocó la cara, los labios, tenían sangre.

Oía las motocicletas; se iban...

Ya no, les vería más. Ni a Annie... Sí, se había equivocado; no

servía para golfo.

Como pudo, se puso en pie; se notaba mareado, pero en ningún momento dejaba de ver aquel par de ojos desmesuradamente abiertos.

Tenía que hacer algo... No podía dejar las cosas como estaban; no, no podía.

Iría a la mansión. No explicaría la verdad, eso no... No diría que él había sido el ladrón...

Tambaleándose, se acercó al muro; tenía que saltar. En el surtidor se refrescaría un poco, se lavaría la sangre; manos y boca, y nariz... Sí, hundiría la cabeza en el surtidor, para refrescarse, y ver las cosas con más calma. Pero ni el agua aclaró sus ideas, el fresco no le sentó demasiado bien, ya que seguía tambaleándose, acercándose a la ventana del salón-despacho.

Tenía que asomar, tratar de ver. ¿Qué podía explicar? ¿Qué? Quizás incluso no le creyeran y...

Con la cara pegada a los cristales, tuvo que retirarse de inmediato, conteniendo apenas un grito. Había visto moverse una sombra en el despacho. ¡Alguien andaba por allí! Estaba seguro... Tenía que mirar de nuevo: no podía ser tan cobarde. Y miró, miró, sí. En efecto, una sombra se movía... Con ojos extraviados, miró hacia donde estaba el sillón: había temido que fuese el muerto... Pero no: no lo era... La sombra pertenecía a otra persona.

Troy la veía bastante bien.

Y sintió un escalofrío. ¡La sombra se estaba riendo! Ante el cadáver, aquella sombra reía... Troy sufría continuos estremecimientos sin comprender nada. ¡Nada! No es que oyera la risa, pero veía la mueca, entre sombras, veía los dientes, veía la posición de una boca que reía.

Aún veía que la sombra riendo miraba al cadáver, lo escrutaba; sin tocarlo, lo examinaba.

Troy de pronto, giró; pisó el césped, sin ruido, y huía...

Huía de allí.

El miedo era como una ráfaga de viento que le alejaba de aquel lugar de muerte.

★ ★ ★

El muerto, sentado aún, con el libro a sus pies, tenía ante él dos personas; una de ellas. Carol, estupefacta. Ni siquiera era capaz de arrancar una lágrima, de gritar, de mostrar su miedo, su dolor, su turbación. Era como una estaca recubierta de piel lívida. Junto a ella, Orville Friggens parecía haber perdido estatura.

—No, no, no... No puede ser, Orville... —logró articular por fin, Carol—. No es posible... ¡Es una pesadilla!

—Le han matado con un clavo en la sien, Carol... —susurró Orville

—. Es monstruoso...

Las pupilas de Carol se dilataban más y más, mirando la cabeza negra del clavo empotrado en la sien de míster Cliffton Friggens.

—Pero... ¿qué vamos a hacer ahora? ¿Qué? —estalló Carol.

—No sé... Bien, hay que enterrar a Cliffton...

—¡Quiero avisar a la policía!

—No. No podemos, Carol... Ya no pudimos hacerlo cuando mataron a Lorena, ¿recuerdas? Te lo explicó Cliffton. Y ya no se trata del ocultamiento del cadáver de Gregory, sino también del de Lorena... Tenemos que seguir adelante... Es decir, en secreto... Mira... Mira la herida que ha causado la muerte... ¡No se ve apenas! Es decir, se ve el clavo, pero lavando esa pequeña mancha de sangre, y dejando caer un mechón de cabellos, ni siquiera se vería ese clavo.

Quiero irme de aquí, Orville! Ahora, soy yo quien quiere irse. Al otro lado del país, a la costa del Pacífico. Después de enterrar a Cliffton, empezaré a prepararme.

—Está bien... Claro que hay que tomar alguna medida... Pero ahora haz lo que te digo.

Carol miró de nuevo el rostro del muerto.

No había allí dolor, ni sorpresa, ni espanto.

Debieron hacerlo mientras dormía.

Y salió de la habitación. Aún estaba en bata, desgredada, y su palidez, su cara convulsa, contribuían a avejentarla.

Subió al piso, dispuesta a secundar los planes de Orville. Era lo único que podían hacer...

Al pasar frente a la habitación de Amanda, oyó voces, exclamaciones de Nora... Iba a pasar de largo, pero en aquel instante se abrió la puerta.

Carol, desgredada, cerúleo el rostro, pareció, de pronto, convertirse en una bruja momificada. Su mirada, hierática, estaba fija en aquella esbeltísima silueta, en aquella figura vestida de negro; totalmente de negro. La blusa, abierta por el cuello, y la maxifalda... También el cabello de Amanda era muy negro; y sus ojos... Unos ojos que ardían a la luz...

Carol no sabía reaccionar, no podía. Se movían sus labios, pero ni un sonido brotaba de su garganta.

Amanda dijo:

—Lo he conseguido, tía Carol. Soy dueña de mí. Es algo maravilloso el poder de la voluntad... Pero... te ocurre algo, ¿verdad? ¿No te agrada verme recuperada? Me siento muy débil, pero puedo andar, moverme, y veo a mi alrededor... ¿Te molesta, te hiere? ¿No fue suficiente con lo de Gregory? ¿Me queríais postrada para hacer conmigo lo que quisierais?

Nora, detrás de Amanda, estaba pálida, nerviosa, compungida. Ella

sí se alegraba; Nora se había puesto muy contenta, cuando al entrar en la habitación de Amanda vio a esta sentada en el lecho, sonriendo, y mirándola...

Pero algo muy grave le ocurría a Carol, que seguía sin poder articular palabra. Lo consiguió, no obstante, bajo la mirada singularísima de Amanda... ¡Qué extraña mirada!

—Es... terrible lo que sucede, Amanda —susurró—. Es...

—¿Qué yo puedo andar, ver, es terrible?

—¡No! —gritó Carol—. No es eso... Es... otra cosa... Y precisamente hoy, ahora... Amanda, no te muevas de tu cuarto, no te...

—Oh, no, compréndelo, no voy a hacer eso... He pasado en mi cama, rígida e inmóvil como una muerta, demasiadas horas. Quiero moverme, quiero ver, y... hablar con mi padre.

Amanda se interrumpió. Carol se estaba tambaleando, y Nora tuvo que acudir hacia ella, sujetándola...

—¿Se encuentra mal, *miss* Carol?

—Es horrible... es horrible... —gemía Carol.

Amanda la miró con mucha fijeza.

—¿Y mi padre? —inquirió la joven.

Orville desde la puerta, miró a Carol.

—¿No... no se lo has dicho...? —musitó.

—¡No puedo! Ella... ella cree que mi actitud es de disgusto al ver que puede moverse, que nos ve... ¡Está equivocada! Dios mío, Orville, díselo tú... ¡Yo no puedo! ¡No puedo...!

Amanda susurró:

—Está bien, puedo oír lo que sea... ¿Ha muerto mi padre? ¿Es eso?

—Temo... temo que una mala noticia te... te haga regresar a tú... a tu inmovilidad, y... —balbuceaba Orville.

Estremeció a todos, de pronto, la risa de Amanda.

—No... Ya no... Responded: ¿Se trata de mi padre? ¿Asesinado? —inquirió Amanda.

—¡No! —casi gritó Orville—. Solo... solo ha sido un colapso... Ha... ha muerto mientras dormía. No parece que haya nada más.

—Está bien —dijo Amanda—. ¿Te ocupas de los detalles del entierro, tío Orville, por favor?

La miraban con horror. Por lo menos, lo había en los ojos de Carol. En los de Nora, había, además, incredulidad, incompreensión... De súbito, a Nora, aquella esbelta silueta enlutada le pareció un ave de mal agüero. Algo diabólico.

Orville musitó:

—Sí, Amanda, me ocupo de todo.

—Gracias.

Orville se humedeció los labios.

—Tendremos que estudiar la situación... Yo tengo que salir ahora,

para localizar a los hombres del furgón... —musitó—. Solo... solo me queda que recomendaros calma... Amanda, tu recuperación en cualquier otro momento, nos llenaría de dicha. Y ahora también, pero...

—Sí, lo entiendo. Para vosotros, la muerte del ídolo es un golpe casi mortífero, más no para mí...

—No puedes hablar así... —susurró Carol—. ¿Has enloquecido?

—Tal vez —musitó Amanda.

—Pero, hija... Estás trastornada... Sí, es la noticia; casi mejor que no vieras el cadáver de tu padre —decía Carol—. Sí, es mejor que no lo veas.

Amanda, cerrados los ojos un instante, sufrió una sacudida. ¿Ver el cadáver de su padre que tal vez ella misma había asesinado? Había hecho lo de Lorena, al parecer, y no lo recordaba... Lo mismo podía haber ocurrido con su padre... Pero no recordaba, ¡no recordaba nada! De aquella noche, solo sabía sus tremendos esfuerzos, sus sudores, su llamada a la voluntad.

—No quiero verlo —musitó—. No. No quiero... Voy al jardín, para recoger flores.

—Esta noche, el entierro.

—Las flores —cortó Amanda— no son para mí padre.

Los dejó quietos, pálidos, fantasmales, mientras se alejaba de allí, dirigiéndose a las escaleras.

Carol sin poder aún sollozar, atascada la garganta, miraba a Orville. Este, con gesto de honda preocupación, musitó:

—Amanda ha salido de un problema, pero está metida en otro... Bien, tengo que ocuparme de algunas cosas ahora...

—¿Y... y el cuerpo de Clifton? —empezó Carol.

—Sería muy pesado para moverlo nosotros, Carol... Que nadie entre hoy en el salón. ¿Qué otra cosa podemos hacer? Después de todo, nos invadió el sueño anoche. De haber estado todos despiertos, nada habría ocurrido. Nos dejamos vencer por el sueño, y... ¡No sé qué decir! ¿Qué más puedo hacer? —se puso nervioso Orville—. Alguien nos está matando, está acabando con nosotros. Sí, quizás sea mejor un viaje, Carol. Luego... cuando Amanda esté más tranquila, habla con ella. Insiste en que te acompañe...

—¿Y tú, Orville?

Orville apretó los labios.

Miró en torno.

—Yo iré a vivir a nuestra casa del centro de la ciudad. ¿Cómo dejarlo todo? Tenemos una industria en marcha, Carol... No sé cómo están los papeles de Clifton, su testamento. No lo sé, ni me importa. En todo caso, no podemos abandonar ahora a Amanda...

Y echó a andar; tenía que vestirse e ir a Boston, al centro, en busca

de los hombres del furgón... Eso, lo primero.

★ ★ ★

Era un bello ramo de flores.

Amanda había pasado la mañana en el jardín, recogiendo. Su cerebro, atormentado por mil dudas, no había dejado de cavilar sobre lo ocurrido. En algunos momentos, trataba de pensar solo en Gregory, cuya vida le habían arrebatado monstruosamente. Aquellas flores eran para Gregory, sí... Cada día le llevaría un ramo; estaría con él, le hablaría.

Amanda había dejado las flores en un jarrón, con agua, en el vestíbulo, hasta la tarde, cuando fuesen a enterrar a su padre, que estaba aún en el salón, sin que nadie entrase; allí, ignorado.

Daba el último toque al bello ramo, cuando sonó el teléfono. Tenía el aparato tan a mano, que solo tuvo que alargar el brazo y descolgar.

—¿Sí? —dijo.

—Amanda...

La joven, de súbito, palideció intensamente. Miró en torno. No; no había nadie... Era la voz...

—Tío Maxwell... —susurró.

—Lo has hecho muy bien.

—¡Pero no lo recuerdo!

—Quizás exista una explicación para eso; puedes tenerlo enterrado en un profundo rincón del cerebro... Pudiste hacerlo; fue la fuerza más latente, el odio. ¡Pudiste! Te has vengado, sí... No dejes que esas fuerzas que te inmovilizan lleguen de nuevo a ti.

—Creo... creo que he vencido.

—Es tu fuerza, recuérdalo. Quedan más Friggens, más malditos Friggens. El odio es tu fuerza; o la usas, o se anquilosará. Y tú te anquilosarás con ella. Esa es tu fuerza, usa de ese odio que te tiene en pie... Y sigue matando.

Y colgó el teléfono.

La voz dejó de oírse.

Capítulo 7

S

ONRIENDO, con una mueca extraña en su boca, Orville Friggens había colgado el teléfono. Sabía componer aquella voz extraña, desconcertante. Pobre Amanda...

Tras colgar el teléfono, se volvió y quedó frente a Natalie; frente a la bellísima Natalie. Por aquella mujer se podía cometer cualquier locura, sí, además, como en el caso de Orville, la ambición era algo obsesionante. Y había que agregar algo más: peligro... Orville era un hombre que empezaba a sentirse acorralado, con grandes problemas, y había empezado a resolverlos a su modo.

Natalie le sonrió también. Era una verdadera esfinge. Rubia, con grades ojos azules, un azul intenso, brillante; una boca de labios, de trazo perfecto, algo más grueso el inferior. Unos labios que eran una obsesión para aquel hombre, Natalie, además, poseía el cuerpo más perfecto que era posible contemplar... Aquella mata de cabello, el blanco y esbelto cuello, el fabuloso busto, aquella cintura, la curva de las caderas. La corta falda permitía ver la esbeltez de unas piernas que podían ser la primera maravilla del mundo.

Los brazos de Orville rodearon la cintura de Natalie.

—Pese a todo, está saliendo bien... —musitó Orville.

—Eres increíble, amor... —susurró ella, con los labios casi tocando los de Orville—. Creí que fracasarías...

—No, no... —pestañeó Orville—. No podía... Por ti, por mí... No podía fracasar, Natalie. Bien, tengo que irme ahora. Debo ser un hombre práctico hasta el final, ya muy próximo.

—¿Espero tu llamada, Orville?

—Sí, para esta noche... De no producirse esa llamada, no te alarmes. Debo pisar sobre seguro, ¿comprendes?

—Desde luego. Esa pobre chiquilla...

—No sufre... Creo que no sufre, Natalie. No es ella, no es la propia Amanda; es un fantasma que tiene en la mente. Un fantasma que le he introducido yo. Es un juego fácil, cuando se encuentra un cerebro predispuesto... ¿Comprendes? Pero tú no debes pensar en eso.

Y la volvió a besar. Se estaban besando cuando sonó el teléfono. Orville pretendía hacer caso omiso, pero Natalie, separándose un poco de él, susurró, con voz algo ronca:

—Ahora, por ejemplo, eres un niño, Orville...

El esbozó una sonrisa de circunstancias, y la soltó; la miraba mientras ella, con su delicada mano, tomaba el aparato.

—Diga.

—Que se ponga Orville Friggens. Sé que está ahí —sonó una voz.

Natalie quedó quieta, callada, unos instantes.

—¿Quién es usted? —inquirió.

—No se preocupe por eso. Quiero hablar con Friggens.

Natalie miró a Orville, mientras le tendía el aparato.

—Para ti —murmuró—. No sé... Me parece una llamada rara...

Orville Friggens tomó el aparato.

—¿Quién es? —inquirió.

—Algo no va a salir tan bien como esperaba. Friggens —sonó la voz desconocida para Orville.

Era una voz sin matices; una voz que podía pertenecer a un hombre... o a una mujer. En todo caso, no podía identificarla. Y aquellas palabras sembraron la inquietud, la alarma, en el cerebro de Orville.

—¿Qué significa esto? ¿De qué me habla? —inquirió.

—Lo sé todo.

Natalie vio ensombrecerse el rostro de Orville Friggens, para luego ir adquiriendo la tonalidad del yeso húmedo. Resaltaba el brillo de los ojos de aquel hombre, que parecía una bestia llena de ferocidad en aquellos instantes; una bestia negra, presta a la defensa.

—¿Ha oído, Friggens? Lo sé todo. Y a usted le va a costar muy caro... Por lo pronto, en dinero... ¿Me comprende?

—No soy un imbécil —dijo, con voz apagada, tensa, Orville.

—No. Un imbécil no, pero un monstruo asesino sí... Repito: le va a costar mucho dinero. Diga: ¿Cuánto pagaría usted?

—Escucha... Si eres Amanda... Eres tú, ¿verdad? ¿Por qué disimular, entonces? Pero no, espera... Amanda no buscaría dinero... ¿O sí? ¿O pretendes jugar conmigo, engañarme?

Parecía no haber respuesta.

Orville, de un manotazo, se quitó la gota de sudor que le iba a cegar el ojo izquierdo.

—Amanda... di algo...

Fue una reacción muy extraña. Le colgaron el teléfono; cortaron la comunicación, sin más. Y Orville, miraba el aparato. Natalie, junto a él, había palidecido también; había algo raro en sus ojos; como si ya no amase tanto a aquel hombre que, en definitiva, parecía estar en el mismísimo borde del precipicio, y no podría evitar el empujón...

Orville Friggens colgó, por fin, y miró a Natalie.

—Lo resolveré, no temas. Es Amanda... Al verse descubierta, ha cortado. Disimulará, fingirá... Va a ser un juego de astucia, de inteligencia, y prevalecerá la mía. Natalie: espera mi llamada. Si no es

esta noche, será mañana. ¿Comprendido? Y... sigue amándome como hasta hace unos minutos...

★ ★ ★

Aquella vez el «Riley» iba adelante.

Conducía Orville Friggens, sin que su rostro denotase más emoción que la que él mismo quería que fuese notada; el simple dolor por la muerte de un hermano. Detrás, las dos mujeres, Amanda y Carol. La primera, con su luto; la blusa, la maxifalda, y una especie de mantilla sobre los hombros. Carol parecía sentir frío si la miraba, si se acercaba a ella...

Detrás, el furgón, con los dos hombres discretos, que cobraban bien su trabajo, seguía al «Riley» hacia el cementerio.

De vez en cuando Amanda sufría un estremecimiento.

Carol murmuró:

—No debiste entrar a ver a tu padre... La emoción podía haberte costado otro período de crisis, otra vez la oscuridad, la inmovilidad... Fue una imprudencia.

Amanda no despegó los labios.

—Ya hemos enviado a Nora a nuestro piso del centro... Tú y yo, Amanda, emprenderemos el viaje, Orville se queda, y necesita...

—Yo no voy a ningún sitio, tía Carol. Me canso de repetirlo —se oyó la voz de Amanda, un tanto impersonal, fría.

—Pero... criatura...

—No hablemos más sobre eso.

—Quisiera que comprendieras que...

—Tía Carol; yo no me opongo a tus proyectos, ¿no es así? Olvida, pues los míos. Los míos, en realidad, son muy claros, concretos: no tengo otro objetivo que quedarme en la mansión, y cada día ir a llevar flores a la tumba de mi esposo. He pensado que, un poco más adelante, podría construir un panteón en la finca. Y trasladar allí a mi esposo. Porque creo que soy dueña de una gran fortuna, ¿no es así?

—Amanda... ¿Quién habla ahora de dinero?

—Calla. Estamos llegando.

En efecto, Orville había detenido el auto junto a la entrada del impresionante mausoleo de los Paxton. Poco después se detenía el furgón. Los dos hombres, silenciosos, conociendo bien el trabajo a realizar, se apearon, yendo hacia la parte trasera, en busca del féretro que contenía los restos de Clifton Friggens. Mientras, Orville, siempre silencioso, abrió la verja de hierro, y luego la puerta hermética; encendió las luces de la sala principal del panteón; al fondo, estaba aquella en la que, sobre un túmulo, se encontraba el ataúd de Joseph Paxton, el fundador.

Las mujeres descendieron; el gran ramo de flores, aromático y bello, temblaba en manos de Amanda, que fue en busca del ataúd donde se encontraba Gregory. Quedó allí, como postrada, muy débil, pálida, llorosa, ramo en mano...

Ni siquiera prestó atención a lo que ocurría en torno. No le interesó lo más mínimo lo que hacían con el féretro de su padre, ni dónde lo colocaban; ni supo que Orville salía a pagar, y que Carol la miraba, entre asustada, furiosa y compasiva.

La mente de Amanda estaba concentrada en sus recuerdos; recuerdos relativos a un cuerpo que reposaba allí para siempre; un hombre al que le fue arrebatada la vida.

No supo el rato que había transcurrido, pero oyó la voz de Carol. Una vez ya impaciente, con síntomas de nerviosismo.

—Es muy tarde, Amanda... Llevas ahí más de media hora...

Amanda ni se volvió.

—Dejadme aquí —dijo, tan solo.

—Pero... ¿con qué objeto? Amanda, hija.

—Quiero estar aquí —cortó Amanda—. Marchad. Dejadme sola. Y no os inquietéis por mí... Puedo estar una hora, o un día aquí... Lo necesito; dejadme. Id tranquilos. Lo pido yo.

—¡Quiero que sepas que no estoy dispuesta a abandonar la idea del viaje! —casi gritó Carol, por lo que las resonancias, multiplicadas, herían los oídos, turbaban con estridencias aquella paz—. Vamos, ven conmigo.

—Ya basta —era la voz de Orville, con cierto tono seco, autoritario—. Vámonos, Carol. Amanda es muy dueña de quedarse aquí, o hacer lo que le plazca. Nos vamos.

Amanda no respondió; ni les miraba.

Carol aún quiso protestar, pero Orville la agarró de un brazo, y la sacó de allí. Amanda quedó a solas en el mausoleo. Ya en el exterior, metiéndose en el coche, Carol, excitada, nerviosa, decía:

—No debe quedarse... ¡Se volverá loca! Cree que tratamos de hacerle algún daño, y, por el contrario, me preocupa... Yo quiero a esa criatura, Orville... La he tenido mucho tiempo en brazos; la he...

—¿Y quién va a dudar de eso ahora? —gruñó Orville—. Pero no se trata de contrariarla ahora. Se le irá pasando.

—No sé... —se retorció las manos—. ¿Tú suspenderías el viaje, Orville?

—De ninguna manera. Vete de una vez. Yo sabré cuidarme de Maxwell, pero tú debes estar lejos.

—¿Y... Amanda?

—¡No lo sé! —masculló Orville.

—Parecemos grajos desbandándonos...

—Tal vez, pero es necesario —dijo Orville.

El coche estaba en marcha; se alejaba.

Orville, pese a que la distancia era cortísima, apretó el acelerador; debía tener una gran prisa. Carol, sentada junto a él, se retorció, llena de inquietudes. Tardaron apenas cinco minutos en llegar a la mansión, frente a las escalinatas de entrada.

—Dentro de media hora estaré de regreso, Carol —dijo Orville—. Procura estar lista.

—No me entretendré, no temas...

—¿Bajas de una vez?

Carol se apeó del auto. Ni siquiera tuvo tiempo de decir adiós a Orville, que realizó la maniobra de salida, dejando a Carol al pie de las escaleras. Orville podía ya sudar sin que Carol le viese. Orville tenía el rostro contraído; una mueca de ferocidad torcía sus labios; su ceño negrísimo, los ojos, el espeso cabello... todo aquello, impresionaba, a la luz de la media luna que había sobre el cielo, y que recortaba cipreses, cruces, torres de mausoleos, allá, cerca, en el cementerio, hacia donde se dirigía siempre apretando el acelerador, Orville.

Tenía algo que hacer en el cementerio, sí; algo importantísimo.

Ya a solas, sin voces que la turbaran, sin aquellas resonancias, Amanda se sentía mejor, mucho mejor. Y, además, serena, dueña de sí misma. El doctor había estado en lo cierto; desaparecida la crisis, todo volvería a la normalidad.

Se acercó más al ataúd donde reposaban los restos de Gregory. Sus manos, aún temblorosas, con los ojos llenos de lágrimas, depositó el ramo a un lado de aquella oquedad... En su mente, entonces, empezaron a revivir escenas del pasado; un pasado tan inmediato, que cobraba vida en la mente de Amanda, con gran fidelidad.

De súbito, algo asaltó el cerebro de Amanda. Algo que la estremeció; una idea que, al primer instante, parecía descabellada, de mera locura. No obstante, la idea iba cobrando forma, vida, en su mente... Una idea que crecía, crecía, crecía. Como un globo al que van inflando. Crecía en intensidad, en volumen, ocupaba hasta el último rincón de su cerebro.

Podía ver a Gregory.

¡Podía verle!

Sí, llevaba casi un mes muerto, estaría en fase de descomposición avanzadísima... Debió pedir que lo embalsamaran... ¿Y si hubiese tiempo? ¿Cómo no se le ocurrió antes? Y podría verle siempre que quisiera... Como si no estuviera muerto, como si estuviera a su lado, vivo...

Tenía que verle, deseaba verle... No era difícil abrir el féretro; en

absoluto difícil; los cierres estaban en perfectas condiciones; hacía tan poco tiempo que se construyó el féretro, que ni siquiera se veía una mancha de óxido, una señal de vejez, apenas polvo... Sí, tenía que abrirlo, y ver a Gregory...

Abrir el ataúd, abrirlo.

Sus dedos, fríos, empezaron a manipular con los cierres. Sí, fue muy fácil; eran nuevos, no se había acumulado nada que perturbara el mecanismo, ni siquiera hubo chirridos... Ya solo tenía que alzar la tapa del féretro.

Sus manos, con brusquedad, alzaron la tapa del ataúd.

Iba a ver el rostro amado, iba a...

Los ojos de Amanda se abrieron desmesuradamente; como una telaraña negra, impenetrable, el desconcierto la invadió. ¿Qué significaba aquello? No comprendía nada... ¡Nada! El ataúd estaba vacío, ¡vacío!

Allí no estaba el cadáver de Gregory, ¡no había nada!

Amanda, sin poder evitarlo, soltó un grito de espanto. Retrocedió unos pasos.

No, no... Aquello no... ¿Qué significaba? Su padre la había engañado... ¡No había enterrado allí a Gregory! ¡Solo un ataúd vacío! Pero... ¿y si se había equivocado de ataúd? No. Eso no. Estaban las iniciales en el féretro, y allí, en la oquedad, en la urna, la inscripción; no había error...

Y lo que hizo su padre lo debían saber todos... ¡Malditos fuesen! Tía Lorena... Ella era también culpable... ¡Iba a escupir sobre el cadáver de tía Lorena! ¡Iba a escupir a aquella muerta! ¡Iba a hacerlo, sí...! Como loca, Amanda se abalanzó hacia el féretro donde estaba el cuerpo de Lorena. Abrió los cierres, igualmente sin la menor dificultad, alzó la tapa, ya preparada para maldecir, para lanzar el salivazo al cuerpo en descomposición; sí, ella que se pudriera, que los gusanos la dejaran monda; huesos, polvo, nada...

De súbito, al abrir la tapa del féretro, la palidez de Amanda se hizo mortal.

Su grito, como el anterior, produjo miles de resonancias, de cada hueco, de cada rincón, de aquel impresionante mausoleo.

Vacío... Estaba también vacío...

Amanda empezó a retroceder; se mordía los puños, tenía la faz desencajada. ¿Qué significaba aquello?

¿Era un sueño? ¿Locura, pesadilla?

La acometió el pánico; fue un acceso brutal... Un acceso de terror, que la empujó a huir, dejando la puerta, jadeante, descompuesta, sudorosa, con horribles visiones ante sus ojos... ¡Hasta empezaba a ver borroso! Si la volvía a invadir la histeria, la ceguera histérica... No, no... Tenía que salir de ella, correr, gritar...

¿Qué le pasaba a la puerta? ¿Qué?

No podía abrir... ¡No podía! Estaba cerrada con llave. La habían encerrado allí dentro... No podía abrir la puerta, imposible forzarla, era hermética...

Y enloquecida, empezó a gritar, a golpear con los puños, a lanzarse inútilmente contra la puerta... Cada vez veía más borroso; su cerebro se negaba a volver a la realidad... Solo quería salir de allí, huir... Y saber qué ocurría. Pero la habían encerrado.

Amanda notó un intenso mareo...

Ni siquiera se dio cuenta de que caía al suelo, sin sentido.

Capítulo 8

Y

A en el «Riley» de nuevo, Orville Friggens reía su triunfo. Desdichada Amanda... Ella misma se había fabricado aquella muerte. ¿No quería quedarse en el mausoleo, para estar junto a Gregory? Pues bien: lo había conseguido...

Frenó casi bruscamente, al llegar a la cabina telefónica; tenía que realizar su llamada. Dejó el auto de morro metido en la cuneta, y pasó al interior de la cabina, buscando monedas. Una cabina situada a medio camino entre la mansión y el cementerio. Introdujo las monedas en la ranura, y marcó el número.

Esperaba una pronta respuesta, pero no tanto... Fue al segundo. Por lo visto, Natalie, la bellísima esfinge, estaba ansiosa, esperando noticias.

—Soy yo, Natalie —dijo Orville.

—Por fin.

—Todo está listo. Nadie podrá evitar el final...

—Escucha esto: ven de inmediato. Tengo miedo.

—Pero, Natalie... Un poco de paciencia. Tengo que recoger a Carol, y llevarla al aeropuerto. Tan lejos, tan aislada... Es ya lo último que debo hacer; es cuestión de una hora como máximo...

—O vienes ahora mismo, o corres el riesgo de no encontrarme, Orville —sonó, con evidente nerviosismo, temor, la voz de Natalie—. Te he dicho que tengo miedo... Hoy... hoy, desde esta tarde concretamente, siento que me siguen... Me he sentido vigilada, acechada... ¡No sé explicártelo, pero tengo miedo!

Orville frunció el ceño, achicaba los ojos.

—Son figuraciones tuyas, Natalie —musitó—. Ya no hay nadie que pueda seguirte, molestarte.

—Yo te necesito ahora... O me iré por mi cuenta.

—Pero... Carol está esperando que...

—¡Que espere!

Orville se humedeció los labios.

—Está bien, espérame; dentro de veinte minutos estoy ahí. Pero tranquilízate. ¿De acuerdo?

Ella le colgó el teléfono. Orville, furioso, como enjaulado en la cabina telefónica, reflexionó unos instantes. Luego, introdujo más monedas, y marcó otro número. Aquella vez, la respuesta se demoró un poco más. Y la voz, aunque alterada, era muy familiar para Orville.

—¿Sí?

—Carol, tendrás que esperar un poco...

—¡No es posible! ¡Mi vuelo...!

—Te garantizo que no perderás el avión. ¿Está bien así?

—Pero... ¿qué estás haciendo? ¿Qué significa...?

—No me lo hagas todo más difícil, Carol. Ve preparándote. Repito: no temas perder el avión. Es todo.

Colgó.

Salió de la cabina, y se metió en el auto. Natalie, histérica, asustada por cosas, por ideas, que ni siquiera había vivido, era capaz de marcharse, y era algo que de ningún modo Orville Friggens iba a permitir. Aquella esfinge era suya, ¡suya! Tenía que calmarla, demostrarle, con toda clase de explicaciones, que nada había que temer. Peligro conjurado. Totalmente conjurado.

Sí, tenía que convencerla.

Y el «Riley», lanzado a gran velocidad, cruzaba Blue Hill Avenue, en dirección a Boston Norte, Brookline.

★ ★ ★

Natalie, en efecto, había colgado el teléfono con brusquedad. Y empezó a pasear por la salita de su piso, muy nerviosa. De vez en cuando, asomaba por la ventana, tratando de descubrir en Beacon Street, en la acera de enfrente, alguna silueta que la espíara... Ella lo había notado, fue una sensación física... Las mujeres, en algunas cosas, no se engañan; primero, piensan en un recalcitrante admirador que las persigue. Luego... algo hace desvanecerse esa idea, y el miedo penetra...

Dejó de mirar por la ventana, y pensó que, al menos, Orville había sabido darle un buen consejo; tomarse un par de whiskies, o, lo que venía a ser lo mismo, uno doble.

Uno doble, y generoso, además.

Allí, tan bella, tan llena de miedos, terrores...

Se dirigió al mueble-bar.

Aquella noche, Natalie estaba ataviada con un suave jersey pegado al fabuloso busto; su faldita, al inclinarse un poco, apenas ocultaba sus encantos; la mata de cabello rubio le caía en mechones sobre el rostro; las mujeres tienen una especial coquetería para estar continuamente retirándose esos mechones de sedoso y largo cabello. Estudian el gesto, lo explotan...

Natalie, con mano no muy firme, en efecto, se sirvió una generosa ración de *whisky*.

No oía los pasos...

Su mente estaba lejos; en la calle, en la sombra...

Iba a empezar a beber, cuando oyó una especie de jadeo a sus espaldas.

Chilló; se volvió; el vaso de *whisky* cayó al suelo y el fino cristal se hizo pedazos.

Natalie no tuvo tiempo siquiera de terminar su grito, que hubiera sido muy agudo... Sus ojos, llenos de espanto, iban como al encuentro de aquel cuchillo, que se empotró en el majestuoso busto... Allí, con fuerza, por tres veces... El jersey, azul cielo, empezó a teñirse de oscuro, mientras Natalie, ya sin vida, sin fuerzas, sin horror, caía, se desplomaba, a los pies de alguien...

Unos pies con salpicaduras de *whisky*, cuyo aroma se expandía por la salita.

Aún había algo que hacer...

A la segunda llamada, Orville frunció el ceño. Puesto que Natalie no abriría, entraría por sus medios; tenía llave del apartamento. La buscó, nervioso, en su llavero, y la introdujo en la cerradura; giró, y entró sin dificultad alguna.

Había luz en la salita, y en el dormitorio; ella, quizás había bebido ya demasiado, exagerando, podía estar borracha, o casi... Otro contratiempo; tratar con un cerebro lúcido, es magnífico, pero resulta todo lo contrario, es decir, engorroso, pesado, casi inútil, tratar de meter razones en un cerebro obnubilado...

Pasó primero a la salita.

—Natalie... —llamó.

No había respuesta.

Miró el suelo. Allí estaban los cristales, la mancha de *whisky*. Y manchas oscuras... ¿de *whisky* también?

Veía la botella; debía habérsela bebido entera, y estaba con un ataque de «delirium tremens», o poco menos, tirada en su lecho. Bajó la tapa del mueble-bar, y los ojos de Orville Friggens, de súbito, giraron, con visos de locura. Retrocedió un paso, lleno de horror, incrédulo, sin color en su rostro convulso.

Allí estaba parte de Natalie, la cabeza, en la estantería, junto a la botella de *whisky*. Un rostro casi irreconocible, pero... Era Natalie, no había duda; aquel cabello, los ojos azules, saltones, los chorrillos de sangre...

Orville Friggens se sintió apresado por el miedo en aquellos instantes. No comprendía... ¡No comprendía! Y esa era la causa de su pánico. ¡Él había encerrado a Amanda! Y Amanda no había podido seguir a Natalie por la tarde...

Entonces... ¿no había sido Amanda quién llamó, asegurando

saberlo todo?

Su muñeca, su esfinge... su obsesión... Allí estaba...

La habían roto, decapitado...

Mareado, tambaleante, ceniciento el rostro, Orville retrocedía; sufrió un espasmo... Giró. Podía seguir allí el asesino.

En los negros ojos de Orville aleteó el miedo; aleteos como de gigantescos cuervos que le envolvían.

Tenía que salir de allí; tenía que comprobar la verdad... Podía ser que Amanda hubiese sido más lista que él... Si Amanda no estaba en el mausoleo, ya sabía a quién achacar aquello... ¡La maldita! En cuanto a Carol, estaría esperando, muy nerviosa, también. Pero no podía ir en aquellos momentos; tenía que realizar una comprobación... Y al miedo de Orville se sumó una furia insensata... Salió de allí como un vendaval.

Trataba de serenarse, pero al volante del «Riley» su rostro infundía pavor.

Los veinte minutos que debía invertir de regreso al cementerio se le antojaba una eternidad. Apretaba con fuerza el acelerador del auto, hasta que ya en Blue Hills Avenue, solitaria, ancha, bordeada de grandes árboles, con la entrada del cementerio a la vista, logró serenarse un poco. Debía realizar la operación anterior; ocultar el auto, subir a pie...

Jadeaba, estaba empapado de sudor. Hubiera sido difícil reconocer en aquel hombre a Orville Friggens.

Estaba seguro de que nadie le había visto. Y las manos le temblaban de excitación, cuando abría la verja de hierro, y luego, procurando no hacer ruido, la hermética, la auténtica puerta que cerraba. Allí debía estar Amanda... Pero no... Mejor que no estuviera, porque entonces se volvería loco... Tenía que haber sido Amanda... Pudo tener unas llaves, y salir...

Entró.

El panteón estaba a oscuras... Amanda, entonces, no debía estar.

No veía nada, no se atrevía a encender la luz.

Su resuello parecía multiplicarse; era como si los cadáveres hubieran recobrado la respiración, y jadearan también...

Orville, no obstante, tuvo que encender la luz. Y pestañeó, el sudor resbalaba por su rostro. Amanda no estaba allí...

¡No estaba! Era casi un alivio... No estaba... Pero instantes más tarde, la mirada un tanto extraviada de Orville se posaba en los ataúdes abiertos. ¿Qué significaba aquello? Con el miedo en el cerebro, aterrado por la idea de ver algo más que no comprendiera, avanzó. El más cercano era el féretro de Clifton, depositado allí aquella misma noche... Miró.

¿Qué ocurría? ¿Qué?

¡Vacío!

Espantosamente pálido, retrocedió. Luego, con un grito multiplicado por las resonancias, corrió, como loco, hacia los féretros abiertos de Gregory y Lorena. ¡Vacíos, vacíos, vacíos!

Amanda estaba loca... Amanda, entonces, ¿qué se proponía? Quizá devolverle el juego de terror en que él había querido envolverla... Tenía que encontrarla, matarla, deshacerse de ella de una vez...

Sin tocar nada, retrocedió hacia la salida; apagó la luz, cerró las puertas, e instantes más tarde corría cuesta abajo, procurando no cruzar con nadie, por más que resultaba difícil tropezar con alguien en el cementerio, a aquellas horas.

Otra vez en el auto, con una idea fija: Amanda podía haber ido a buscar a Carol.

Pero... ¿cómo era posible? ¿Cómo?

Eran cinco minutos los que había que invertir para llegar a la mansión, donde Carol debía estar muy impaciente; quizá estuviera allí Amanda, mirándole con expresión maligna, mordaz, asesina... Amanda, tal vez, quería dejar marchar muy lejos a Carol, y quedar ambos a solas... Asesinarle también.

Llegó a la mansión. Había luz en el vestíbulo; de refilón, vio también iluminada la ventana que correspondía a la habitación de Carol. Entró. Quizás Amanda estuviera allí, con cara de bruja asesina. Estaría manchada de sangre y...

No. No estaba; el vestíbulo aparecía solitario, silencioso. Entonces, arriba, en el cuarto de Carol.

Subió de tres en tres los peldaños; resollaba fuerte; pensó que debía serenarse, para que Carol no sospechara nada, no supiera nada. Por lo pronto, pasó por delante de la puerta de la habitación de Amanda, sin ver luz por debajo de la puerta; sí la había, en cambio, bajo la puerta del cuarto de Carol. Corrió hacia allí. Llamó con los nudillos, y luego de viva voz, con un chillido que le salió histérico, agudo:

—¡Carol! ¡Carol, soy yo!

Silencio.

Orville tragó saliva.

Cerró los ojos. Amanda, claro, había llegado antes...

Y allí, esperándole, Amanda; detrás de la puerta, con un cuchillo. Sí, eso era...

—¡Carol, abre! ¿Estás lista? —chilló, aturdido, estudiando un plan que se nublaba en su mente.

Tenía que entrar...

Empujó la puerta, saltó con violencia, para esquivar la cuchillada; vería retorcerse de furia el rostro bello de Amanda...

No hubo cuchillada; no hubo nada. Silencio, soledad... No había nadie allí; ni Amanda, ni Carol... Nada. Es decir, sí tenía ante los ojos

un detalle, muy poco significativo, por cierto: las maletas de Carol estaban hechas, y esta, sencillamente sin querer aguardar más, se había ido, mientras había avisado a alguien para que fuese a recoger el equipaje; alguien que debía estar llegando ya; el mozo de alguna agencia. Sí, eso era... Carol no había querido esperar, e irían a buscar las maletas de un momento a otro.

Quedó en el centro de la estancia, algo más reposado, pero con violentos latidos aún en sus sienes.

Luego, empezó a mirar en torno. Amanda quizás sabía que alguien iba a llegar, y esperaba, oculta en algún rincón de la casa. Esperaría oculta, en sombras, para atacarle.

Saldría de allí; iba a poner en práctica el plan final, con gran número de variantes ya que las cosas se le habían torcido de un modo que no lograba entender. Iría a... ¿Qué era aquello?

Se acercó a una de las maletas; la más voluminosa.

Miró al suelo, algo resbalaba... Algo rojo... Un arroyuelo que escapaba por un resquicio de la maleta... Algo rojo, caliente aún... Algo que se iba deslizándose por el suelo... Con manos como garras, Orville Friggens no quiso perder el tiempo; tenía que saber, averiguar... Tenía que centrar su mente, y comprender algo... Por eso sus manos agarrotadas fueron hacia los cierres de la maleta, abriendo; apenas tuvo fuerzas, la maleta se abrió... No pudo evitar que el cadáver doblado, ensangrentado, de Carol, se precipitara al suelo...

Retrocedió.

Los ojos de Carol, muy abiertos, reflejaban incredulidad, espanto... Y parecían reprocharle algo a él...

No; no podía resistir aquella visión...

Apenas contenía el grito de miedo e ira que se formaba en su garganta.

Iba hacia la puerta, de espaldas. ¡De espaldas no!

Giró, con un gruñido. No, no había nadie... No estaba Amanda con el cuchillo, pero quería verla de frente cuando llegase, cuando apareciera... Y fue deslizándose, bajando... En el vestíbulo seguía el silencio, la soledad...

No había nadie allí...

Por tanto, podía huir; sin su muñeca, pero podía... Era cuestión de sentido común tan solo; el hombre, de siempre y él no tenía por qué ser una excepción, huye de lo que no entiende... huye de lo que le espanta...

Ya en el coche, se sintió algo mejor, pero con el cerebro lleno de rojas pesadillas.

Amanda veía... La ceguera, pues, no había seguido adelante, por lo visto, la salvó de ello el desvanecimiento... Y podía moverse... No. No del todo. Notaba roces, una fuerza que le impedía el libre movimiento... Veía contornos, siluetas, cosas muy extrañas... ¡Y estaba atada! Eso era lo que le sucedía; estaba atada.

¡La música! Oía un solo de violín para difuntos... pero muy cerca...

—Tío Maxwell —llamó.

Cesó la música; oyó unos pasos. Se encendía una luz eléctrica, bastante pobre. Pero ella pestañeó. No reconocía el lugar. Los pasos llegaban por detrás de ella; vio que estaba en un banco de madera, muy rústico, antiguo, tendida, atada...

—Tío Maxwell —repitió.

—Pero... es asombroso —oyó, sin desfiguración alguna, la voz de Maxwell Paxton—. ¿Cómo es posible, querida, que me llames? ¡A mí! No lo comprendo... ¿Cómo sabes que estoy aquí, y vivo? ¿Cómo? Espera, espera... Eres como tu abuela, entonces; tu abuela materna, claro... Eres bruja... Nunca me lo pareció, Amanda... Pero sí, eres como mi madre, como tu abuela...

Y allí estaba Maxwell Paxton, ante ella.

Un Maxwell delgadísimo, más que nunca, con los ojos de un azul desvaído, pero con una extraña llama en las pupilas, una boca delgada, algo temblorosa, un poco encorvado de espaldas, desgredado el cabello. Vestido de oscuro.

Ella le miraba con los ojos muy abiertos, sin comprender.

—Tío Maxwell... ¿cómo dices?

—¿Lo ignorabas? ¿No sabías que los Paxton, hace ciento cincuenta años, eran una generación de brujas, que, al parecer, terminó con la muerte de mi madre, de tu abuela materna? —se echó a reír, una risa helada, estremecedora, sin alegría; chirrido de loco—. Pero brujas falsas, no creas... Brujas farsantes, inteligentes, que en Salem supieron huir de las hogueras, con una gran fortuna, además... Ignorabas eso, ¿verdad?

—Pero... no... no entiendo nada... ¡No es verdad que yo sea...!

—¿Cómo, entonces, sabes que estoy vivo, y aquí? Mi desconcierto no tiene límites, querida sobrina... Yo pensé que te llevarías una enorme sorpresa al verme, y... no es así; me llamas con toda naturalidad, me esperas...

—Pero... yo sé que estás vivo... ¡Todo el mundo lo sabe! Tú huiste con el bote de salvamento del yate, dejando la bomba... Tú, en dos ocasiones, me has visitado, y otra vez me has llamado por teléfono. Tú y yo hemos tenido contactos... Solo que... cuando me visitabas, no podía verte; además, desfigurabas la voz, pero eras tú... Yo siempre te llamaba tío Maxwell, y no me contradecías... Tú fuiste quien me explicó la verdad; que mi padre fue quien clavó el cuchillo en la espalda

de Gregory. Y quien me alentó para que triunfase el odio, y matase a...

—¿Qué estás diciendo, insensata? Pero... ¿estás loca?

El rostro de Maxwell estaba retorcido.

Un cuchillo de hielo parecía introducirse en el pecho de Amanda, que parecía hipnotizada; su rostro era un puro borrón pálido, difuminado, enmarcado por los negrísimos cabellos.

—¿Por qué lo niegas? —susurró Amanda—. ¿Dónde estamos? ¿Qué haces aquí? ¿Qué hago yo aquí?

Pudo mirar en torno; era una nave amplísima, casi desnuda. Y había otras naves, ya que se veían entradas; otras dos naves. Al fondo, había algo muy extraño, que Amanda no podía identificar; algo como una gran caldera oscura... Y había más cosas; muebles antiguos, baúles... Cosas apiladas, descuidadas, oscuras... Pero, en especial, llamaba la atención la caldera, de un diámetro superior a las tres yardas, y una altura parecida... Sobre la caldera, había un gancho de hierro.

—¿Dónde estoy? ¿Por qué me has atado, tío Maxwell? —susurró, con voz temblorosa, Amanda.

—Entonces, tu padre nunca te lo contó... —musitó Maxwell—. Hasta cierto punto, fue un hombre admirable... Pero, Amanda, no has dicho más que dislates, locuras.

—Yo solo he dicho la verdad... ¿Has mentido tú?

—No. No, no... No nos comprendemos... Yo no te había visto hasta que te recogí, sin sentido, del mausoleo... Hace un mes que no nos vemos; desde... tu boda...

—¡Mientes! Estuviste a verme en la clínica... Me explicaste que fue mi padre quien acuchilló a Gregory... Luego, en la mansión... Allá me empujabas, dabas vida a mi odio... Me obligaste, no sé cómo, ni lo recuerdo, a matar a Lorena, y... y a mi padre... Fue tu fuerza, comunicada a mi cerebro... Maté a mi padre de un modo horroroso...

—Amanda, estás loca, criatura. Eso lo hice yo... ¡Yo! ¿Qué pretendes sembrando este desconcierto?

—Pero... Dios mío...

—Y yo maté también a Lorena... Y más cosas...

—¡Me dijiste que lo había hecho yo!

—¡Yo no he hablado contigo desde el desdichado día de tú no menos desdichada boda! —estalló Maxwell, con ojos saltones, de loco.

—Mientes... Mientes, tío Maxwell.

—No... No, espera, espera... Deja que te explique... No quiero hacerte daño. Ya sé lo ocurrido, ya lo sé... ¿Quién te hablaba que creías que era yo? ¿Cómo era la voz? ¿Cómo?

—La tuya; la que empleaste para decirnos, por cinta magnetofónica, en el yate, que había una bomba...

—Sí, entiendo... —y rio de un modo muy raro—. Eso lo ignoraba yo... No creí tanta sutileza en esa bestia negra y maldita... Ha estado

envenenando tu cerebro, engañándote... ¡Y el idiota creía que eras tú quien cometía los crímenes!

Se alzó, hiriente, aterradora, de nuevo la risa de Maxwell.

Una risa larga, que resonaba en la gran nave.

—¡El imbécil creía que eras tú quien cometía esos crímenes, y he sido yo!

—Tío Maxwell... voy a volverme loca —gimió Amanda.

—No. Lo verás claro, muy claro, porque yo ahora, lo sé todo... Siempre lo he sabido, sí... Amanda llevo aquí, semanas... He estado reflexionando, acumulando fuerzas y odio, para destruir... a quienes me eligieron a mí como víctima...

—Deja ya las mentiras, y...

—¿Crees que fui yo quien colocó la bomba en el yate?

—Sí. Y luego huiste con el bote...

Maxwell cerró los ojos.

—Sutil bestia negra, sí... —susurró—. Y luego, te visitaba, en tu ceguera y parálisis, y te hacía creer que era yo... Y te hacía creer que eras tú quien mataba. Es más; está convencido de que eres tú la asesina de Lorena, Carol, Natalie, y de tu propio padre... Debe estar convencido de eso, y loco de miedo, esperando que caigas sobre él también. Sí, está convencido... —volvió a reír—. Idiota, bestia negra...

Amanda no podía evitar que el temblor la agitase.

Eran tantas cosas las que turbaban su cerebro...

Maxwell avanzó hacia ella; de las sombras, salió el violín, un viejo instrumento. Se sentó en el banco donde estaba Amanda, y dejó el violín apoyado en él. La miraba a los ojos con terrible fijeza.

—Voy a contarte la única verdad, Amanda. Soy un hombre que acaba de confesar cuatro crímenes... No tengo, pues, por qué mentir en otras cosas... Vas a saber la verdad... Te engañó, el miserable, al decirte que fue tu padre quien asesinó a Gregory...

—No... No puede ser... —sollozó Amanda.

Capítulo 9

P

ARECIA que a los ojos de aquel hombre asomó una chispa de ternura. Hizo un gesto como para acariciar los cabellos de Amanda, pero esta retiró la cabeza con tal viveza, que Maxwell se contuvo, con una mueca, apenas iniciado el gesto.

—No debes horrorizarte, Amanda... —musitó—. Ni tu padre asesinó a Gregory, ni tú has asesinado a tu padre. No eres más que una víctima de ese monstruo... Te explicaré lo que ocurrió aquella noche, en el yate. Fue un plan, lo admito, preparado con inteligencia. Pero yo he matado con no menos inteligencia que él...

—¿A... a quién te estás refiriendo?

—A Orville Friggens, por supuesto.

—No, no, no... —Amanda sacudía la cabeza—. Orville no ha...

—Lo hizo. Colocó la bomba... Me he ido enterando de cosas, más tarde, y sé que salvó el yate Troy... ese desgraciado de Troy. La única acción decente que ha hecho en su vida. Pero dejemos eso. La voz, bien disimulada, de Orville, anunció la muerte en el yate; parecía no haber remisión. Y yo como todo el mundo, apreciaba mi vida y... me dediqué a buscar esa bomba... Procuré apartarme de las mujeres... estaban demasiado histéricas para conseguir algo práctico a su lado... Puesto que todo el mundo estaba abajo, yo me dirigí a cubierta. La bomba, a mi entender, podía estar en cualquier sitio, ¿y por qué no en la cabina de proa, del timón?

Los ojos de Amanda parecían algo borrosos en aquellos momentos.

Si llegaba la ceguera de nuevo todo sería mucho peor, Tendría que escuchar aquello como un sueño, como si no fuese verdad; solo una pesadilla.

—Estuve en la cabina, buscaba... Y alguien me atacó, entonces. Por la espalda. El golpe no fue lo suficiente preciso, y pude intentar defenderme, pero sin éxito; caí al segundo golpe. Pero vi a mi atacante: Orville Friggens. Te aseguro que su rostro, en aquellos momentos, no era humano; jamás olvidaré su expresión...

La de Maxwell, en aquellos momentos, era retorcida, diabólica. La luz mortecina arrancaba de sus desvaídas pupilas reflejos rojizos.

Amanda, tras deglutir saliva, con vocecilla temblorosa, musitó:

—Eso... eso no tiene objeto... ¿Por qué iba a atacarte, tío?

Maxwell la atajó:

—Es extraño que no lo comprendas... Me dejó sin sentido, Amanda. Y, por lo que vi después, por lo que sufrí después, su objeto era matarme... ¿Sabes cómo recobré el conocimiento? Yo estaba en el bote, en efecto, pero en el fondo del mar... Ese era su plan: matarme, meterme en el bote, y hundir, este, que debía estar preparado para ello, para ser hundido con toda facilidad. Entonces, quedaba tan solo jugar con la credulidad de la gente, y hay que admitir que yo también hubiese creído en las mentiras de Orville... Es lógico que todos pensarais que yo, tras daros el aviso de haber colocado la bomba, huyera con el bote para salvarme, todos me creíais lejos y a salvo; yo culpable... Pero, repito: yo me hallaba en el fondo del mar...

Había horror en los ojos de Amanda.

Había una pregunta que temblaba en sus labios, pero Maxwell prosiguió:

—Como comprenderás, querida, no sé lo que sucedió luego en el yate, pero... ¡es tan fácil de imaginar! Orville, tras haberme metido en el bote, y hundido, tenía su coartada; no parecía lógico que el mismo hombre que sabía que una bomba iba a estallar se quedara en el yate, pero lo hizo... Y fue cuando debió matar a Gregory...

—Pero... ¿por qué a Gregory? ¿Por qué?

—Por la misma razón que quería que muriese yo... —susurró Maxwell—. Y por la misma que necesitaba la muerte de tu padre...

—Pero...

—Te contaré ahora cómo salí del bote de la muerte... Pura suerte, es obvio. Estoy seguro de que a Orville, en ningún momento, le ha pasado por la imaginación que yo viva... —rio, de un modo exasperante, enloquecido—. Debe estar buscándote... Debe creer que lo de su muñeca, la bellísima Natalie, lo has hecho tú. Y lo de Carol... No; a él no se le puede ocurrir que yo viva... Pero el bote quedó en un banco de arena a escasa profundidad, muy escasa... Yo tardé en darme cuenta de mi situación; solo sabía que me ahogaba, que el aire me faltaba en los pulmones; el terror que yo sufrí no puede ser narrado, Amanda... Recordándolo, a veces pienso que aún fue más cruel al no dejarme muerto en el bote... Pero... ha valido la pena salvarme, por la venganza... Se confió; me ató flojamente. Yo no sabía ni a dónde estaba, pero sucesivos impulsos me condujeron a la superficie... Yo, la primera vez que respiré aire puro, vi el yate... Pero me hundía... Estaba atado, no podía hacerlo todo a la vez... Me hundía, emergía de nuevo... Las otras veces, el yate ya estaba lejos de mí...

—Mentira. Es mentira... Nadie es tan estúpido como para quedarse en el yate, sabiendo que puede morir... que es casi una muerte cierta.

—¡Pero él lo hizo! —estalló Maxwell, con temblor de rabia en la boca—. No sé cómo esperaba salvarse, pero algo debía tener preparado... Él se quedó; era su coartada perfecta: Maxwell

desaparecido con un bote, y él allí. ¿Quién podía sospechar de él? ¡Nadie! ¡Ni siquiera ahora tú, que estás oyendo la pura verdad! De algún modo podía salvarse... ¿No lo comprendes? Y su coartada era, repito, perfecta. Perfecta. A mí se me culpaba de lo de la bomba, y, por supuesto, de lo de Gregory... Desdichado Gregory...

Amanda tuvo que cerrar los ojos.

Entonces... ¿tío Orville? La voz, las visitas; aquella persuasión casi hipnótica, aquella sugestión...

Tal vez... empezó a admitir Amanda. Tío Orville pudo entrar en el hospital, y vivía con ella en la mansión... Camino libre en todo momento... Le bastaba salir de su cuarto, entrar en el de Amanda, verter el veneno en los oídos y el cerebro en la ciega paralítica... y luego creer que ella era la que iba asesinando...

Había tenido facilidades, coartada... Solo que Troy, el estúpido, golfo, insignificante Troy, le había estropeado lo del yate...

Y Maxwell iba a hundir el resto.

—¿Y bien, Amanda? ¿Me crees?

Ella abrió los ojos; veía un poco borroso...

—Tío Maxwell, ¿por qué tú has... has matado...? ¿Por...?

—Hay cosas que... durante muchos años, muchos, he tenido olvidadas... —cortó Maxwell—. Pero... cuando se recuerda con fuerza, cuando obsesionan... ¿Quieres dar un paseo conmigo, Amanda?

—¿Dónde... dónde estamos, y...?

—En un sótano, bajo el mausoleo. Joseph Paxton, mí distinguido antepasado, supo muy bien lo que hacía, fue de los primeros en instalarse en este cementerio; puede decirse, casi, que fue el fundador. Su mausoleo, hace muchos años, era el mejor del cementerio. El más majestuoso... Joseph Paxton, sin embargo, no lo construyó solo para guardar los restos de los Paxton y sucesores... No... ¿Quieres verlo todo?

Amanda se estremeció.

—Lo entiendes, ¿no, Amanda? Un cementerio, a medida que un pueblo o una ciudad crece, se ensancha, se puebla... Este es el mayor de Boston... Y tras la muerte de Joseph Paxton, sus sucesores dieron... un tercer uso, por decirlo así, a este sótano del mausoleo... Un tercer uso: robo de joyas de cadáveres.

—Dios mío... —gimió Amanda.

Maxwell rio, de un modo espeluznante.

—¿Verdad que los Paxton no éramos... ni lo somos todos, una familia muy recomendable, querida? —dijo Maxwell, luego.

—Se... se dedicaban a... a... robar...

—Sí. A profanar tumbas, y robar joyas. Ya funcionaban los periódicos, claro está; las esquelas de defunción aparecían a diario... Algunos, no interesaban; en especial, hombres. Es raro que un hombre

quiera ser enterrado con joyas que han sido causa de vanidad en vida... No ocurre lo mismo con las mujeres, o no con todas, al menos... Los Paxton lo saben bien... Muchos de los que hay enterrados en este mausoleo, lo saben bien... porque profanaban esas tumbas, y atesoraban auténticas riquezas...

—Tío Maxwell... ¿la... la fortuna de los Paxton?

—Acabo de decirte el origen, si esa es la pregunta.

—Dios mío...

—Siento decirte que no todo acaba aquí, Amanda. Sin embargo, si prefieres ignorarlo, me callo. Y... si callo, no sabrás por qué han muerto ciertas personas.

—¿Te refieres a mi padre, a tía Lorena, a Carol?

—Sí.

—¿Y... y a Gregory? —inquirió, con miedo, Amanda.

—Lamento profundamente tener que causarte este pesar, Amanda; va a ser para ti una terrible decepción, pero, en efecto, la muerte de Gregory también está ligada a los secretos del mausoleo. También, sí. Gregory... como todos afirmaban... sabían, no era más que un aventurero, ambicioso... y cruel contigo... No sé si te amaba o no, Amanda, pero, en principio, no fuiste tú la causa de su acercamiento a ti...

Amanda estaba palidísima.

Empezó a sacudir la cabeza.

Las lágrimas, gruesas, silenciosas, empezaron a asomar a sus ojos.

—Eso... eso no puedo creerlo... ¡No puedo! —sollozó—. Eres un embustero, un monstruo... ¡Tú has acabado con todos y...!

—Por favor —cortó Maxwell—. Trata de serenarte, reflexiona.

—¡Estás diciendo que Gregory conocía todo este horror! ¡Y no puede ser! ¿Cómo pudo llegar a conocerlo?

—Por mediación de Orville Friggens —fue la respuesta, casi suave, de Maxwell.

—Mientes otra vez... Ellos no se conocían...

—No seas tan ingenua, querida... ¡Cómo han jugado contigo! ¡Claro que se conocían, y llegaron a ser cómplices! ¡Orville fue el responsable, sin saberlo tú ni nadie, de que Gregory se fijase en ti, para estar más cerca de todo!

—¡No es verdad, no es verdad...!

Maxwell miró procurando suavizar su mirada infernal.

De nuevo pareció ir a acariciarla, pero ella gritó:

—¡No me toques! ¡Te has comportado como... como un miserable!

—Sí, Amanda: como un miserable, pero... aunque no me creas, yo, como tu padre, cuando tu madre estaba a punto de morir, juramos no tocar lo que aquí había. Fue un juramento solemne. Olvidar las profanaciones de tumbas, las joyas robadas. Lo juramos. Yo me

marché, y cumplí. Y me consta que tu padre cumplió también... Pero no Orville Friggens... Nadie le dijo nada, pero se enteró de la verdad sobre este mausoleo... Y la ha estado explotando. Lamento, repito, decirte que Gregory Nunn fue... una especie de socio y colaborador, que se convirtió en un hombre en exceso ambicioso... ya incluso te quería a ti... Todo lo de los Friggens, y lo de los Paxton... ¿Te extraña que Orville preparase su muerte? ¿Te extraña que Orville, por medio del terror, tratase de imponerte en tu cerebro, y obligarte a matar a los Friggens? Orville le tenía mucho miedo a tu padre, y este, en algún momento, hubiese descubierto todo el juego sucio de Orville...

Los labios de la joven estaban sin color; su cuerpo, con aquellas ropas negras, parecía disiparse, el temblor acabaría por desencajarlo... Como ya lo estaba su rostro.

—Lo siento, Amanda. No he sido yo quien ha manejado los acontecimientos, la situación. Yo no sabía que Orville se proponía deshacerse de Gregory, y de los Friggens... ¿Cómo iba a saberlo? —estalló—. Y mucho menos que me tenía señalado a mí como víctima para su coartada. Yo... solo podía callar, observar, estar a la expectativa. ¡Pero lo que hizo Orville conmigo, con el bote, me enloqueció! No... yo, antes, por ti, solo por ti, no podía levantar ese tremendo escándalo en Boston... Porque, ¿sabes? Gregory, descubierto, lo hubiese confesado todo, Gregory no hubiese callado...

—Casi... casi pareces un hombre noble... ¡Y no es verdad! ino es...!

—No lo digo. No lo soy, quizás. Pero... ¿no era demasiado?

—Y... y has sacado los cadáveres de sus féretros... y... ¿Por qué? ¿Dónde están? ¿Qué has hecho con los cuerpos?

La mirada de Maxwell se dirigió hacia la caldera.

Amanda, sin poder contener un grito, miró también hacia allí.

—¿Qué... qué hay en la caldera...? —susurró, casi sin voz.

—Cera.

—¡Cera...! Eres un loco, un...

—Era necesario para mí.

—¿Por qué? —estalló Amanda.

—Ahí, en la cera, se desfiguran; luego, los enterraré en la tierra. No hay cadáveres, no hay cuerpos, no hay delitos... ¿comprendes? Yo... algún día reapareceré en el mundo, y... por la astucia de la bestia negra de Orville consto como el hombre que colocó la bomba en el yate, y asesino de Gregory... aunque él te dijera, al ver fallido el plan del yate, que a Gregory le mató tu padre, y te sugestionó para que odiaras y mataras a tu padre... Hay muertes que podrían serme imputadas. Y así, sin cuerpos, no hay delitos...

—Pero...

—Amanda: ¿Quién crees que te encerró en el mausoleo?

—Puede que fuese tío Orville.

—Fue él. Él, por tanto, regresará aquí, tarde o temprano, y cree que te verá muerta en el mausoleo... Limpia manera de deshacerse de ti. O así lo creía... Yo sé lo he estropeado todo...

Amanda estaba muy aturdida.

¿Qué clase de mentes eran aquellas?

Retorcidas, frías, aterradoras... Puro cálculo, maldad, monstruosidad.

—Así que voy a dejarte. Tengo que traer el cuerpo de Carol; está en una maleta...

La mirada de Amanda pasó de nuevo a la caldera.

Cera...

Entonces, allí estaba Gregory, tía Lorena, y también ya su padre...

Todos eran la cera, para, luego, ser enterrados, ignorados para siempre... Enterrados en la tierra, recubiertos de cera...

—Pero... tú les has matado, tío Maxwell. Tú... —susurró Amanda.

—Sí.

—¿Por qué? La... la cuchillada de Lorena en la espalda. Él... el clavo de mi padre, en la sien... ¿Cómo pudiste hacer eso...?

—Aún he sido más cruel con Natalie, la amante de Orville —cortó, seco, Maxwell—. No iba a dejarla viva... Esa muñeca ha sido causa de muchas cosas... ¡De muchas! Ellas, y Gregory por otra parte. Tu padre no fue enérgico, no supo imponerse. Tu padre flaqueó, se debilitó, en los momentos más necesarios... Tu padre, una vez tú casada con Gregory, hubiese tenido que aceptar todas las imposiciones de este, por no herirte a ti... Y le maté por débil, porque ha sido indirectamente culpable de mi sufrimiento en el mar, solo, perdido. Y a tus tías, porque me resultaba imposible de soportar la idea de que llegasen a poner sus sucias manos encima de todo esto. Adiós a los Friggens. ¡Esto es de los Paxton! ¡Y tú eres una Paxton! ¡Tú, sí! ¡Nadie más!

Amanda cerró los ojos; estaba convulsa.

—Prefiero que... que me mates también... —susurró—. Hazlo...

—No. Nunca. Yo no derramo mi sangre. No entiendes por qué he llegado al paroxismo del odio... Y aquí, tocando el violín con la única audiencia de los muertos, he ido forjando mis planes de muerte. La música de violín, el solo, me ha inspirado para todo. ¡Y no me arrepiento! Tu madre ya no debió casarse con ese Friggens... ¡Eran unos miserables! Ellos jamás debieron tocar esto. Y tu padre... tu padre, Amanda, lo hubiera permitido...

Capítulo 10

A

MANDA, dentro de su turbación, del miedo irracional que le inspiraba la situación, aquel sótano, la caldera con cera, donde se encontraban tres difuntos, entendía que ella iba a sobrevivir...

—Tío Maxwell, escucha esto... Si yo salgo de aquí... lo diré todo... ¡Todo! —sollozó.

—Pequeña, no seas loca... ¡Esto es tuyo! Yo no quiero nada... A mí no me ha movido la ambición; solo la ira, el odio... ¿Por qué se iban a apoderar de lo que es tuyo?

—Pero... ¿existe aquí aún esa fortuna? —inquirió, incrédula, Amanda.

—¿No quieres verla?

—¡No!

—Bien... Pues existe... en parte. Ha desaparecido ya mucho de ella. ¡Pero es que hay mucho más! ¿Oíste decir alguna vez a tu padre que Orville era un gran diseñador de joyas?

—Sí...

—¡Pues mentira! Orville solo tenía que entrar aquí, hacer moldes de auténticas obras de arte en joyería, copiarlas, y lanzarlas como originales... ¡Y te voy a decir más! Fue Gregory, el socio de Orville, quien le extrajo más posibilidades a este mausoleo, al sótano. Aquí, en un lugar cercano, dando al mar, tienen un taller de joyas sintéticas... En este mismo lugar, que han pisoteado mil veces, han falsificado joyas, con astucia, y pericia... Copiando diseños, apoderándose de las joyas robadas por los antiguos Paxton, a difuntos... que nadie quería tocar. Tu madre no quiso tocar, ¡ni yo! Ellos, sí... Ellos, a manos llenas... Para su placer, para su comodidad... Para Natalie... y Gregory, para otras mujeres, o para vender de modo clandestino. ¡Para enriquecerse con algo que no debieron tocar nunca!

Jadeaba.

El resuello de Maxwell parecía un latido de todo el sótano.

Amanda lloraba en silencio. Ambiciosos, asesinos, profanadores de tumbas, ladrones...

—Amanda... ¿sigues pensando que cuando te deje libre debes ir a delatarme? —musitó, de pronto, Maxwell.

—No lo sé... Estoy tan aturdida, tan confusa...

—No lo hagas. Por ti, pequeña... Es demasiado horrible lo que

descubrirían aquí, tendrías que irte. Y, dime: ¿quieres ir por el mundo como yo? Escucha... cuando salgas de aquí, cuando vuelvas a casa... vive como si nada hubiese ocurrido. Para eso te he salvado... De no estar yo aquí, de no vivir en el sótano del mausoleo, no te habrías salvado. ¿Comprendes? Te irás a casa, vive con lo que tengas, y guarda silencio. O, repito, ¿quieres ser como yo? Una piel, unos huesos, un violín que toca solos para difuntos... ¿Quieres ser eso?

—No sé... no sé... ¡No sé, no sé, no sé...!

—Piénsalo. Voy a buscar el cadáver de Carol. Lo meteré en la cera. Hay que encender el fuego, pero... es rápido, la cera entra en ebullición, y...

—¡Te suplico que no sigas...!

Ella miró la caldera; el horror no la dejaría pensar... Sentía muy turbio el cerebro... Y, ¿qué había de pensar? Salir de allí, ir a su casa, y... ¿Y qué? Vivir, sin más...

Tal vez Maxwell Paxton estuviera en lo cierto... Aquello debía ser callado, ignorado para siempre... Olvidado, enterrado allí. ¡Para siempre!

¿Y... y Gregory...? Gregory, ambicioso, aprovechado, cruel...

Sudaba, se agitaba, se retorció entre las cuerdas, llena de angustia.

Quizá lo mejor fuese quedarse allí para siempre... Y escuchar, ya muerta, los solos de violín de tío Maxwell.

—Amanda... piensa, pero no sufras así... —oyó la voz de tío Maxwell.

Ella le miró; tuyo que cerrar los ojos.

Y fue cuando, lejano, se oyó un rumor.

Abrió los ojos. Miró a tío Maxwell, y le vio desfigurado, lívido, de pronto, con una hoguera en los ojos; le vio encogido, y agazapado, como la bestia al acecho. Luego, la miró a ella, y casi la hizo gritar de miedo a causa de aquella expresión demente, feroz...

—Amanda... —susurró—. No grites... Ni una palabra. Voy a apagar la luz ahora... Te lo ruego...

Se movió. Le perdió de vista.

Instantes después, se apagó la luz.

Amanda, tiritando, sudando, en el banco, oía aún lejano el rumor; de tío Maxwell no sabía nada... No sabía dónde estaba, ni qué hacía...

Aquella oscuridad la aterraba.

Algo iba a ocurrir.

A Orville Friggens le urgían dos cosas. Una: sacar los restos de la fortuna; millones de dólares, aún... sí, millones. Dejarlo todo preparado para la fuga. Dos: eliminar a Amanda, destruirla,

decapitarla... A aquella Amanda enloquecida, criminal.

Una vez todo el tesoro oculto, a su disposición, la buscaría, sin dejarse sorprender. Luego la fuga...

Al subterráneo podía llegarse también por el pasadizo que daba a aquel trozo de acantilado; era lo más disimulado para sacar las joyas, la fortuna. Allí no había un alma; solo rocas, agua que chocaba contra ellas, espuma... Mar, soledad... Solo eso. Y por allí se entraba al taller donde con Gregory había trabajado en acoplar perlas falsas a joyas magníficas...

Y allí había hecho sus diseños, sus mentiras, sin que Clifton lo sospechara nunca.

Pasadizo adelante. Ya tenía que utilizar la linterna, puesto que la visibilidad era nula; totalmente nula.

Una linterna no muy grande, pero de intensa luz, que barría las sombras del irregular suelo; hasta que no se llegaba a la primera nave del subterráneo del mausoleo, todo era rústico, cavernoso; hasta se criaban murciélagos...

Ya llegaba.

Era una puerta de fácil acceso; bastaba empujar. Lo hizo. Sin luz; toda precaución era poca, ya que no estaba aún convencido de que Amanda ignorase todo aquello. Pudo enterarse, ¿por qué no?

A oscuras, entró; cerró. Se produjo un leve chirrido, rumor... Quedó quieto; la soledad, el silencio, los difuntos cerca, cadáveres de brujas refugiadas. Sintió un escalofrío, y luego intentó reír, de quienes menos miedo debía tener era de los muertos.

Ya podía encender la linterna, y darse prisa.

Apareció el cono de luz.

Y, de súbito, lo inesperado.

Algo contundente golpeaba en su cabeza.

Dio un traspié, perdió la linterna, que alumbraba al suelo, al vacío; y no se había recuperado aún, cuando el segundo golpe, en la nuca, le dejó de bruces en tierra, sin conocimiento. Entonces, un hombre se inclinaba, agarraba a Orville Friggens por el cuello de la chaqueta, y lo fue arrastrando.

Parecía un gran esfuerzo para el débil Maxwell Paxton.

Resollaba, acercándose a la nave principal.

Se percibía claramente el rumor que producía al acercarse, y el de un cuerpo que era arrastrado.

Sonó, temblorosa, estremecida, la voz de Amanda:

—Tío Maxwell... ¡Tío Maxwell! ¿Qué ocurre?

No había respuesta.

Seguían los rumores; un cuerpo arrastrado por el suelo...

Por fin, de golpe, la luz.

Una luz que la hirió, lo cual puso locas palpitaciones en su corazón;

había temido perder de nuevo la vista. Tal vez era la tensión, el miedo, lo que estaba venciendo la situación, la histeria... Cuando pudo mirar en torno, descubrió lo que sucedía; allí, cerca de la caldera. Es decir, junto a la caldera.

Veía a Maxwell muy excitado, jadeando, tembloroso; sus manos apenas acertaban con los movimientos precisos, pero, por fin, del gancho que había en el techo, sobre la caldera, justo sobre ella, quedó colgada la polea, con la soga correspondiente. Y un cabo de la soga quedó fuertemente atado a los pies de Orville, a quién Amanda, sin respiración, contemplaba... Sí, sí, sí... Parecía, era una bestia negra...

Negra, desfigurada, como muerta...

—¿Qué haces, tío Maxwell? —chilló Amanda, de súbito.

Él la miró, no despegó los labios.

Siguió con su trabajo.

Duro trabajo para sus fuerzas.

Se le atirantaba el rostro, se contraía; se marcaban sus venas, pero seguía, seguía...

—¡Basta, tío Maxwell! ¡Basta!

Ya ni la miraba.

Era difícil, aun con el auxilio de la polea, izar aquel cuerpo, cabeza abajo. Los pies atados, los brazos colgando. Sí, se iba izando, y tardó aún un poco en quedar justo sobre la caldera; en el centro de la misma, suspendido de cabeza abajo, ante el horror de Amanda, que tiritaba, chillaba cosas incongruentes, producto del miedo, del aturdimiento, del horror...

Maxwell, por fin, ató el otro cabo de la soga a una argolla de la pared.

Respiró con ansiedad; resbalaba el sudor por su rostro.

Fijó su mirada desvaída, pero con el fondo rojo, en Amanda.

—¡No lo hagas! ¡Yo no quiero verlo, no quiero! —sollozaba la joven.

Tío Maxwell, entonces se acercó a ella, con pasos lentos, aún fatigado por el esfuerzo.

—Es mi venganza... —susurró, como si silbara—. Aparte de lo que te he explicado, esta es mi venganza contra Orville, por lo que me hizo en el yate... ¡Por todo! No renunciaré a esa venganza por nada. ¿Lo oyes? ¡Por nada!

Amanda soltó un suspiro tembloroso.

Maxwell Paxton se acercó; la tocó.

La joven solo había perdido el conocimiento.

Mientras, Orville Friggens, colgado cabeza abajo, se recobraba, con un desconcierto total.

Su aspecto era grotesco; trató de agitarse, pero se convenció, al parecer, de que era preferible estar quieto. Luego, su mirada negra,

llena de pánico, giraba, extraviada, buscando algo, a alguien...

Hasta que encontró lo que buscaba: Maxwell Paxton.

Y el enrojecido rostro de Orville, con la sangre en la cabeza debido a la postura, adquirió un raro tinte, al reconocer a Maxwell; pareció quedar muerto, allí, colgado. Los dos hombres se miraban, en absoluto silencio. A Maxwell le complacía la situación. A Orville se le helaba la sangre; no comprendía nada...

¡Maxwell vivo!

Cien escenas, vivencias, de pronto, asaltaron el cerebro congestionado de Orville. ¡Maxwell vivo...! Eso explicaba tantas cosas...

—¿Muy sorprendido, Orville? —sonó ronca la voz de Maxwell.

Orville no respondió.

Había descubierto a Amanda en el banco; allí, tendida, rígida, como muerta. Pero no. Se agitaba un poco, se veía el brillo del sudor en su palidísimo rostro...

—Este es un lugar húmedo y bastante frío —dijo Maxwell—. Voy a encender fuego. ¿Te parece bien, Orville?

Orville miró la cera.

Maxwell rio; una risa cascada, de loco.

—No te hace gracia la idea, veo... Pero di algo. Intenta disculparte, di que eres inocente. Di que estoy loco, y que solo vi visiones en el yate... Di que no eres un cerdo ladrón, que no has profanado tumbas, y robado joyas, y falsificado muchas de ellas, y copiado diseños y que engañabas a Clifton, y que Gregory no era tu socio, y que no le mataste tú... Vamos, vamos, empieza a negar...

—Te... te salvaste... —susurró Orville, por fin.

Era raro verle hablar, cabeza para abajo, se le veían los labios muy grotescos, repugnantes... Y gotas de sudor caían sobre la cera en aquellos momentos.

—Eso parece, Orville; debiste dejarme muerto en el bote, no con vida. Dime... ¿de veras pensabas permanecer en el yate, aún conociendo el peligro de la bomba?

—Sí...

—¿Pensabas en el suicidio, acaso?

Orville no respondió.

La risa de Maxwell perforó los tímpanos de Amanda, que acababa de recobrarse, y miraba con ojos dilatados a Orville Friggens.

—¡Responde! —estalló Maxwell—. ¿Pensabas suicidarte, explotar con los demás, en el yate?

—No... No es eso... Maxwell, sácame de aquí...

—¿Estás incómodo? Hazte una idea, querido... si puedes. Hazte una idea de cómo me sentí yo en el bote, en el fondo del mar... Y luego, a solas, perdido. No sé si fue suerte que me recogiera una embarcación

que iba de Boston a Hampton, como nosotros... Sí; sí, fue una suerte, ya que de otro modo no estaría aquí ahora, en esta situación. Dime: ¿tiene explicación que te quedaras en el yate?

—La... la coartada...

—¿Y el riesgo? —inquirió Maxwell.

—Era... mínimo, mínimo, sí... Apenas existía. Yo... yo sabía dónde estaba la bomba, claro... Mi cronómetro marcaría el instante justo de la explosión, y en ese mismo instante yo hubiese estado lejos del salón del yate, abajo, donde estaba la bomba... Yo hubiese estado lejos de allí...

—Pero aun así, Orville... La bomba era potente...

—Lo era. Pero yo... yo vestía, bajo mi traje, cota de malla... Todo el cuerpo lo llevaba enfundado en cota de malla... me hubiesen alcanzado esquirlas, metralla. No sé; o golpes, contusiones, quizás, pero ninguna herida importante ni mucho menos mortal... Yo, luego, me habría quitado el traje de malla, y en paz... Superviviente con suerte, habría sido la explicación...

—Claro... Hay que comprenderte. Lo tenías tan perfectamente proyectado... Todos al fondo. Gregory con el cuchillo en la espalda. Sé por qué le mataste, para que no tuviera tiempo de pensar que tú, su socio, podías ser el autor de lo de la bomba... Gregory no reaccionó, supongo porque, como todo el mundo, pensaba que no existía nadie tan loco como para estar allí, en espera de la explosión... No te relacionó, de momento, con la bomba, pero... quizás lo hubiese hecho. Era un peligro, y donde hay un superviviente, con suerte puede haber dos, aún sin cota de malla, ¿no es así, Orville? Tenías que asegurarte, ante todo, de que tu socio, Gregory Nunn, moría.

Orville se agitó; bailó su sombra, que se proyectaba sobre la cera.

Amanda seguía sin poder abrir la boca.

Eran unos locos... dementes. La ambición les había trastornado; a Orville, a Gregory... Y a Maxwell, Maxwell, de siempre, había sido propenso a lo raro, a lo exótico, a la locura... Él, con sus solos de violín, con sus vueltas al mundo, con la compañía de sus difuntos.

—Orville; voy a vengarme en ti. Tampoco podría perdonarte lo que estabas haciendo con Amanda. Lo que has hecho con ella. ¡Hasta has permitido que creyera que fue ella quien clavó el clavo en la sien de Clifton! ¡Perro! ¿No la ves? Ni siquiera la odias... ¡Ni siquiera la odias, y eso tendría una disculpa! Lo has hecho todo por sucia ambición. Tú sabías que juramos no tocar esto, que no nos pertenecía, que se pudriría aquí, al paso de la eternidad... Pero dejemos la ambición; es humana... Pero lo que hacías con Amanda, no. Es de fiera enloquecida...

—Ella... ella me exasperó... Me llamó esta mañana a casa de Natalie, y yo... Yo, entonces, me vi perdido y...

—¡Mientes! —chilló Amanda—. ¿Qué pretendes ahora con esa

mentira, tío Orville?

—¡Tú llamaste! ¡Dijiste que lo sabías todo!

—Pero... eso no es cierto... ¡No es verdad!

Orville, entonces, miró a Maxwell.

El hombre colgado tenía una especie de velo, de irritación, en los ojos.

Seguían cayendo gotas de sudor sobre la cara.

—Entonces, fuiste tú, Maxwell —musitó—. Llamaste a casa de Natalie, querías chantajearme... Te llamé Amanda, te...

—Estás en un grave error, Orville. Yo no he sido.

—Tú tuviste que llamar, y...

—La única vez que he tenido un contacto directo con Natalie y su apartamento, ha sido esta noche, cuando salí para... alejarla de ti, querido... —dijo Maxwell—. ¿La encontraste? Sí, ¿verdad? Por esa muñeca rota no valía la pena todo lo que has hecho...

—Tú, entonces —susurró Orville.

—Y a Carol, a Lorena, a Clifton... Y a ti. Los Friggens tenéis que desaparecer. Por un culpable, pagan todos.

Orville trataba de sacudir la cabeza; la sangre le impedía pensar, le congestionaba.

—Maxwell... acaba. ¡Acaba! —estalló—. Además, ¿por qué fingir que no fuiste tú quien llamó por teléfono esta mañana a casa de Natalie? No tiene objeto negar...

—En efecto, no tiene objeto negarlo... de haber sido obra mía.

—¡Entonces, ha sido Amanda! —chilló Orville.

—No, no... Juro que no, tío Maxwell... Yo jamás quise saber nada de la amante de tío Orville... Nunca hubiera hecho eso...

—¿Quién, entonces? —chilló Orville.

Y, de súbito, se echó a reír.

Maxwell le miraba, achicados los ojos.

—¿Qué te hace reír ahora? —inquirió, seco.

—¿No lo entiendes? Bien... Bien... Mata. Mátame, Maxwell. Y a Amanda, y...

—A ella, no.

—A mí, entonces. Pero alguien desconocido llamó diciendo que lo sabía todo. ¿No es una advertencia para ti también?

Y siguió riendo.

Capítulo 11

M

AXWELL Paxton reía, reía...

No podían detenerle. Si alguien lo sabía, el peligro era cierto. Pero... ¿qué peligro? ¿Morir? Le causaba risa... ¡Risa!

Sí, fuego, llamas...

Bajo la caldera, rescoldo al principio.

Luego, el fuelle.

El fuelle que tenía en las manos y empezó a manejar, avivando la hoguera, las llamas, que lamían la caldera...

La cera empezarán pronto a burbujear...

—Antes de morir, Orville, reflexiona un poco, y llegarás a la verdad; hay cosas que la muerte... —decía Maxwell—. ¿Ya vas entrando en calor?

Soltó el fuelle, ya no era necesario.

Miraba crecer las llamas.

Burbujas ya, aterradoras...

—Ahora, querido, un solo de violín exclusivo para ti... No eres más que un difunto... —musitó Maxwell.

Y fue a por el violín.

Todo parecía rojizo, a causa del resplandor de las llamas. Todo. Los rostros, las sombras... Y el violín... El solo de violín... Allí estaba Maxwell, perdida la cabeza, tocando el violín, concentrado en la música.

De súbito, sonaron fuertes golpes.

Era como si se agitaran los muertos; como si protestaran. Maxwell parecía sorprendido, más que asustado. ¿Se quejaban de su música? ¿Desafinaba, acaso?

Pero seguían los fuertes golpes, y Maxwell estaba localizando el lugar.

Golpes, burbujas, el llanto de Amanda, que cerraba los ojos, el grito ululante de Orville Friggens...

Entonces, Maxwell dejó el violín y empezó a avanzar hacia la caldera, hacia la argolla que sujetaba el cabo de soga; en cuanto lo soltase, Orville se precipitaría a la cera en ebullición...

—Adiós, último Friggens, maldito, ambicioso, asesino, adiós...

Seguían los golpes.

Maxwell luchaba con el nudo que había hecho en la argolla.

Por lo demás, alguien había perdido el conocimiento. Orville Friggens no pudo soportarlo.

No pudo.

Maxwell pareció volver a la lucidez; fue un instante. Dijo:

—Amanda... voy a apagar la luz; así no lo verás... No tengas miedo...

En efecto, apagó la luz.

Pero quedaba el resplandor de las llamas.

Amanda apretados los párpados, convulsa, seguía oyendo los golpes...

Maxwell deshizo el nudo, por fin; soltó el cabo de soga.

Y Amanda no lo vio. No.

Sin embargo, sí oyó el chapoteo...

Estaba borracho.

Pero se mantenía en pie, e iba como una flecha a su destino. No podía más... ¡No podía más! Pobre Troy Friggens... Aquello era demasiado para él. No servía para golfo, ni para chantajista, ni para mantener un secreto. Esto último, en especial, le atormentaba de un modo atroz... Le atormentaba, le aterraba... Ni siquiera podía dormir, viendo a tío Orville con aquella mueca reidora ante el cadáver de tío Clifton... Y no. No servía para el chantaje, para nada...

El *whisky* le empujaba, sí; le empujó. A la Brigada de Homicidios, donde no le hicieron mucho caso al principio, dada la evidencia de que estaba muy bebido. No obstante, tras cinco minutos de palabrería excitada, sin congruencia, turbada, fue requerido para que se serenara, para que se explicara mejor, por un inspector llamado Willard, quien además envió a un agente a por un café solo, bien cargado, para el muchacho, que tiritaba y sudaba el *whisky* y el miedo al mismo tiempo.

Tomó el café.

No sabía si se sentía mejor, pero fue animado a hablar entonces, con mayor claridad.

—... Ahora, siga. Pero es mejor que empiece. Friggens. ¿De acuerdo?

Troy empezó a pensar que tenía que delatarse; su chantaje... Su intento de chantaje... Y que había ido a tomar dinero de la mansión...

—¡Está bien! —masculló—. Quise chantajear a tío Orville... Pensé que... que si no le había matado él, tenía alguna relación con su muerte o que, por lo menos, no le arrancaba lágrimas, sino risas... ¡Yo le vi reír...! Y... sospeché muchísimas cosas. Tío Clifton, ustedes ya habrán oído hablar de los Friggens, es... era, hombre de fortuna bastante sólida, y...

—Y usted estaba asomado a la ventana, en lugar de llamar a la puerta, como hace todo el mundo, la gente normal, al menos. Pero... siga Friggens. Usted entendió que allí podría estar un asesino ante su víctima, y pensó en el chantaje.

Troy se mordía los labios; se sentía humillado pero, al mismo tiempo, liberado de una terrible carga.

—Eso es lo que hice. Le llamé por teléfono. Dije que lo sabía todo, y... me desconcertó, me asustó, al llamarme Amanda, al confundirme con ella...

—¿Qué hizo usted, entonces?

—¡Colgar...! Sí, colgué... Me... me sentí desplazado; no sabía qué pensar ni hacer... Colgué el teléfono, estúpidamente... Pensando luego, he llegado a la terrible conclusión de que Amanda, por más imposible que me parezca, anda mezclada en esto... Inspector... lo que quiero decirle es que hay cadáveres de por medio; cadáveres ignorados, probables crímenes... Están desapareciendo de la vista... Llamo por teléfono a la mansión, y no responden. Llamo a casa de Natalie, y tampoco contestan... ¿Es que han muerto todos? No sé lo que sucede, pero...

—Perdón, Friggens —cortó Willard.

El inspector, tras encender un cigarrillo, que fue una pausa para reflexionar un poco, miró a uno de los detectives, y dijo:

—Muévete, Hoopes. Métete en un auto, con los patrulleros, y realiza el recorrido: Beacon Street primero. Desde allí, quiero noticias. Luego, la mansión de los Friggens, en Forest Hills Avenue. Mientras, Friggens y yo iremos hablando sobre el asunto. En marcha.

Hoopes salió del despacho.

El inspector miró a Troy; le vio muy nervioso.

—Entonces, Friggens —dijo, sin alterarse, el inspector escrutando a Troy, como si le leyera los pensamientos—, se trata solo de que usted cree que se han cometido crímenes y hay cadáveres ocultos, enterrados... Me ha hablado de un mausoleo...

—Exacto. Eso es lo que quería decir a la policía, inspector... —dijo, más tranquilo Troy—. Sí, eso es... Por lo menos, existe un cadáver ignorado: el de Gregory Nunn. Fue enterrado en el mausoleo familiar por deseo de Amanda, la viuda; ya sabe... Apenas casados, ¡zas! matan a Gregory... Y todo en silencio...

—Y usted estaba allí.

—Estaba. Y sé que he cometido un delito, por ocultar ese crimen. Pero...

—De su responsabilidad, si existe, ya hablaremos. Lo que es seguro es que en ese mausoleo hay cadáveres que han sido ocultados...

—Sí. Uno, el de Gregory, seguro... ¡Y nadie, ni los periódicos, ni una esquila, han hablado de lo de tío Clifton!

—Entiendo...

El inspector miró al otro detective.

Murmuró:

—Hay que obtener una autorización judicial para la exhumación de esos cadáveres; el de Gregory Nunn, y los que haya, Pender. Procura abreviar... Esto huele bastante mal...

—Sí, inspector.

Pender abandonó el despacho, para realizar su cometido.

—Y usted, Friggens, ha tenido que armarse de valor... empaparse de *whisky* como prefiera, para venir a contar esto a la policía... ¿No había comprendido antes la gravedad del asunto?

—Bien...

—Imagino que no... Conozco a los muchachos como usted, Friggens. De todos modos, ha acabado por hacerlo, y eso es lo que importa. Esperemos ahora noticias de Hoopes...

★ ★ ★

—... horrible, inspector... Decapitada...

El inspector Willard había palidecido.

Miraba de un modo raro a Troy, que no captaba lo que decía por teléfono el detective Hoopes.

El inspector colgó.

—Va teniendo razón, Friggens —musitó—. Ocurre algo gravísimo, y... ya no se trata solo de ocultar cadáveres... puesto que algunos ni se molestan en ocultarlos; simplemente, los decapitan... ¿Se siente mal?

—No muy bien... —gimió Troy.

—Será mejor que le dé el aire. Se me ocurre que podemos utilizar un coche con radio-teléfono y, mientras vamos recibiendo más noticias, usted y yo nos acercamos al cementerio, al mausoleo. Nos seguirá Pender, con la autorización judicial para exhumar los cadáveres, y la gente necesaria para eso. Vamos, Friggens.

★ ★ ★

—No lo entiendo... ¡No lo entiendo! —gritaba, entre mil resonancias, Troy—. Yo mismo estuve aquí cuando enterraron a Gregory... Y... y ahí están esos otros ataúdes, abiertos, vacíos... Pero ha habido cadáveres. ¡Por lo menos, el de tío Clifton! Y... y de tía Lorena no sé una palabra...

El inspector Willard miraba en torno.

Gruñó:

—Algunos de vosotros salid. Echad un vistazo en torno al mausoleo y, por el cementerio, en general... Que se queden conmigo unos

cuantos, puesto que... vamos a seguir destapando ataúdes... No me sorprendería ver más cosas de este tipo... Hay que empezar.

—Eh, inspector... —murmuró, de pronto, uno de los detectives, que estaba en la sala del túmulo destinado a Joseph Paxton, el fundador.

Willard se acercó. Todos tenían pitillos encendidos, por razones de olor. El cigarrillo mitigaba el fuerte hedor a descomposición.

—¿Sí, Matt? —gruñó el inspector.

—No sé... ¿No le parece que el túmulo debería ser más sólido? Lo he golpeado, y... vea... —golpeó de nuevo—. Suena a hueco...

Willard frunció el ceño.

Era el túmulo sobre el cual reposaba el féretro que contenía el cadáver, prácticamente inexistente ya, del fundador del mausoleo, Joseph Paxton. El túmulo, que daba la impresión de ser macizo, de sólido y fuerte mármol, sonaba a hueco, en efecto, según pudo comprobar el inspector por sí mismo. Hizo una seña y de inmediato se reunieron todos en torno a aquel túmulo, empezando a golpear, a mirar...

Los golpes eran cada vez más fuertes.

No veían la rendija aún, porque el mármol resistía los golpes asestados con las culatas, de los revólveres de reglamento de los detectives.

Pero... golpearon mucho, bien, atentos, aguzando la vista...

La grieta...

Fue un tétrico chapoteo en la cera, sí...

★ ★ ★

Los golpes sonaban cada vez con más fuerza. Todo seguía a oscuras, y Amanda sollozaba, rota. Aún respingó cuando oyó la voz de Maxwell Paxton, muy cerca de ella, de su oído derecho.

—Tienes ya poco por decidir. Amanda. Están derribando la entrada del túmulo. Bajarán... A oscuras; ellos con sus linternas... Y yo sé lo que voy a hacer... Si pudiera enterrarles a todos aquí... La cera aún está líquida, caliente, casi hirviendo... Pero es muy difícil volcar la caldera, y recibirles con un torrente de cera líquida cuando entren, cuando bajen... Si tú me ayudaras, podríamos hacerlo, Amanda...

—¡No! ¡Jamás! Yo... yo nunca podría hacerlo... Mátame si quieres, o vete, pero ya basta... No puedo soportar más... ¡No puedo! No te ayudaré nunca a eso, a nada... Y no me importa si he de irme sola y miserable...

—Cállate. Ya han roto el tabique... Bajarán dentro de un minuto...

—susurró Maxwell, amordazando a Amanda, con una mano tan helada, que causó a Amanda un fuerte estremecimiento.

Fue retirando la mano.

—Voy a intentar lo de la cera... No quiero que me atrapen. Ellos nada saben. ¡Nada! Luego, cuando todos estén convertidos en ardientes muñecos de cera, les tocaré un solo de violín... ¿O quieres que lo toque para ti, querida? Porque tú también morirás...

La joven, presa del terror más profundo, oía moverse a tío Maxwell; debía estar buscando algo con qué poder mover la caldera; si podía hacer palanca con algo, y levantar parte de la base, por un lado, la podría derribar, y el terrible baño de cera líquida podía apresar mortalmente a quienes bajaran...

¡Y se oían pasos por las escaleras!

Bajaba gente...

Unas rápidas ráfagas de luz se hicieron visibles.

—Podré... podré... —reía Maxwell, perdido en las sombras, tras la caldera—. Amanda, ven y sálvate... Si prometes ayudarme, te desato y me ayudas... A ti no quisiera matarte...

Amanda no respondió.

No podía; estaba atascada de garganta y mente...

Solo era capaz de percibir aquellas ráfagas de luz; los pasos... ¡Estaban ya tan cerca!

Y tío Maxwell debía haber colocado alguna palanca, porque estaba tocando el violín... Una música que debió poner los pelos de punta a los detectives que bajaban en primer lugar; una musiquilla para difuntos, un solo de violín para difuntos.

Entonces, Amanda, experimentó una reacción; fue el suyo un grito, que resonó en todo el ámbito:

—¡No sigan...! ¡No den un paso más hacia adelante!

Justo a tiempo.

La palanca actuó.

Maxwell pudo accionarla, y la caldera se volcó...

Pero con extraños efectos.

Muy extraños.

Los policías, que aunque ya se atrevían a alumbrar al interior de la nave veían avanzar algo, no identificaban, no sabían... Solo que aquel horrendo grito, de hombre destrozado, quemado en vida, los estremeció, les dejó helados, con el deseo casi irreprimible de subir de nuevo; de subir de seis en seis aquellos peldaños... Lo que avanzaba apenas llegó a media nave, por una sencilla razón; la caldera volcó mal. Los cálculos del enloquecido Paxton fallaron; la caldera giró, casi se enfrentó a él...

El ardiente baño le alcanzó casi de lleno...

Más nadie aún comprendía lo sucedido.

La voz del inspector sonó seca, dura, autoritaria:

—¡Vamos, abajo! ¡Dejad paso! ¡Linternas!

La luz de las linternas era suficiente para que el inspector Willard, que pisó aquel suelo en primer lugar, pudiera evitar la poca cera líquida, que se enfriaba rápidamente, solidificándose, que había llegado hasta allí; el grueso, con algunas burbujas aún, estaba al fondo, se iba contra una pared, de cemento gris.

Los demás detectives siguieron a Willard, y empezaron a tomar posiciones, desconcertados aún, hasta que uno dijo, junto al inspector:

—Fue un grito de mujer, inspector...

—Estoy... estoy aquí...

Fue un estremecido sollozo, una voz apenas audible.

Luego, las linternas apuntaban hacia el banco donde estaba Amanda, pálida e inmóvil, como muerta, pero con ojos enrojecidos, irritados, donde el espanto danzaba locamente.

Además, un detective, que bordeando la extensa mancha de cera se había ido moviendo, localizó un interruptor, que accionó, y se hizo la luz en la nave.

Todos, entonces, arma en mano, miraban en torno, escudriñaban, esperaban al enemigo...

Willard se acercó a Amanda. La miraba de un modo raro.

—¿Quién es usted? —inquirió.

Amanda suspiró, puso los ojos en blanco, y perdió el conocimiento.

Willard apretó los labios. Llamó a uno de los detectives, para que fuese en busca de Troy Friggens.

Mientras recorrían aquella nave, observando la caldera volcada, la cera se iba solidificando.

—Ella nos avisó, porque sabía que alguien iba a volcar la caldera, inspector —murmuró un detective—. Alguien que ha debido quedar atrapado en la cera... Y oí música... ¿No sugiere auténtica locura?

Willard se humedeció los labios.

—Creo que sí... —dijo, con un soplo de voz—. Por lo demás... Creo que... deberíamos mirar qué son esos bultos que hay en la cera... Es muy... sospechosa la... la forma.

—La cera aún está muy caliente, inspector —musitó un detective—. Habrá que esperar.

—Sí, claro... Por otra parte, creo que sabemos ya qué son esos bultos, y... por qué determinados cadáveres no están en su féretro correspondiente... Esperemos que se enfríe la cera; los sacaremos de ahí —dijo el inspector.

—Bien, señor.

—Ahí veo otras entradas, que deben comunicar con naves, quizás como esta. Adentro, y atentos a todo... aunque no creo que exista el menor peligro ya...

Mientras los detectives iban hacia las otras naves, Willard se acercó a Amanda. La palmeó suavemente, la zarandeó un poco... No

conseguía aún reanimarla, cuando ya oía pasos... Alguien que bajaba poco menos que a trompicones, gimiendo, aterrado. Alguien que, hasta el momento, había ignorado todo aquello; un joven palidísimo, con grandes ojeras, tiritando...

—Acérquese, Friggens —gruñó el inspector—. ¡Venga acá!

Troy fue empujado. Miraba la cera, los bultos; aquel del fondo, que tenía forma de violín...

Luego a Amanda.

—¿La identifica? —inquirió Willard.

—Es... es... Amanda...

Amanda abrió los ojos.

¡Otra vez habían apagado la luz!

—Enciendan... enciendan la luz... —suplicó, llorosa.

Cambiaron una mirada entre sí. Troy se acercó a ella.

—Amanda... —susurró.

—Troy... ¿tú aquí? ¿Tú...?

—Amanda, yo... Yo debería arrodillarme y pedirte perdón, y... Amanda, ¿no ves? Hay luz... ¿Otra vez esa enfermedad tuya?

—No puedo moverme... La parálisis, la ceguera... ¿Qué ha sido de tío Maxwell? Volcó la caldera...

—¿Tío Maxwell? ¡Pero huyó, Amanda...! Tío Maxwell, en el yate, agarró el bote.

—Nada es como tú puedas creer, Troy. Ni siquiera te aproximarías a la verdad, pensando mil años... —susurró Amanda, que parecía resignada por completo, cuya voz era monótona, como si todo para ella fuese algo ajeno a sí misma, lejano, sin interés.

Intervino Willard:

—Miss Friggens... —musitó.

Ella ya no quiso rectificar; no quiso ser llamada señora Nunn... No... Tío Maxwell le había abierto los ojos, metafóricamente hablando. Y ella había estado amando a nada, a nadie, a un fantasma ambicioso, y cruel... Ella había perdido el deseo de vivir por todo aquello.

—Miss Friggens: ¿se siente con fuerzas para explicar lo ocurrido, todo lo que sepa? —inquirió el inspector.

—Sí... Sí... Brujas, asesinos, profanadores de tumbas, ladrones, aprovechados íasesinos, asesinos, monstruos!

Era tal la convulsión de Amanda, su llanto, su terror pasado, que Willard, de inmediato, desistió de seguir interrogándola, aparte de que, por simple humanidad, había que comprender que lo único que podía hacerse con aquella joven, que aún estaba atada, si bien las ligaduras que más la inmovilizaban eran las de su cuerpo, era conducirla con toda urgencia a una clínica. Debía ser atendida de inmediato.

—La sacaremos de aquí, *miss* Friggens —dijo el inspector.

Hacía una semana que vivía en un pisito de Charles River Drive,

sola, con el rostro demacrado, pero ya con la normalidad en sus ojos, en su cerebro. Cierto que había cosas, muchas cosas que nunca olvidaría, pero podía recordarlas sin alterarse ya... No temblaba, no sentía parálisis... Nada. Pertenecía a las sombras del pasado; a las tinieblas más espantosas. Y, por fortuna, no pudo ver a tío Maxwell atacado por la cera caliente, líquida... Allí quedó, encerrado, con su violín...

Lo que estaba haciendo Amanda en el pisito era el equipaje.

Dos maletitas, un «week-end».

Llamaban a la puerta en aquellos momentos.

Fue a abrir; con su paso un poco lento, estaba débil aún, y pálida, pero su palidez era un extraño y misterioso atractivo, dado el color negro de sus cabellos, y sus grandes ojos; sí, un atractivo más...

Era el doctor Mallory, quien, con una suave sonrisa, la escrutó un instante, antes de decir:

—Buenos días, Amanda. La encuentro mejorada. ¿Es así?

—Sí, doctor. Gracias a usted...

—A ambos, usted colaboró bien. Esto... ¿me permite pasar?

—Claro que sí. Perdone. Por aquí, doctor...

—Quiero recordarle algo, Amanda... Quedamos en que me llamaría por mi nombre, Ed. ¿Bien?

Ella logró una sonrisa.

—Lo recuerdo, Ed... —murmuró—. Siéntese. ¿Toma algo?

—Pues no... En realidad, he venido por algo... un poco triste. Para mí, es triste. Una despedida, Amanda... Por razones de trabajo, por mi progreso... En fin, por algo que podría llamarse un ascenso en mi carrera, voy a Los Ángeles a vivir; me traslado allí. Y... quería despedirme de usted... ¿Le ocurre algo?

—Pues...

El doctor esbozó una sonrisa; era un hombre joven, amable, agradable.

—No quería irme sin verla, Amanda... —dijo.

—¿Quería asegurarse de que me halló por completo restablecida? —inquirió Amanda.

—Entre otras cosas. Verla. Verla, ¿comprende? Eso... lo define todo. En fin...

—Doctor... Es decir, Ed: ¿cree en las coincidencias?

—Pueden producirse, no cabe duda. Pero, ¿a qué se refiere?

—Es extraño... Yo... yo estaba haciendo el equipaje, y tengo mis boletos de vuelo... Hacia Los Ángeles... Y también pensaba ir a despedirme de usted. Yo salgo esta noche, a las ocho y cuarenta y cinco minutos.

Los ojos de Ed se redondearon.

—¡Pero si yo parto en el mismo vuelo, Amanda! —exclamó.

Ella se retorció las manos.

—Bueno... —sonrió—, entonces, no tenemos por qué despedirnos aquí y ahora, puesto que... seremos compañeros de viaje. Es tan extraño el azar, ¿verdad?

—Si me lo permite, Amanda, yo diría que... maravilloso... —murmuró el doctor, mirándola a los ojos.

Amanda tragó saliva.

—Amanda... yo... quisiera ayudarla también a eso...

Parecían maravillados los dos. ¡El azar más puro y simple!

—No sé, Ed... Las cosas que se han dicho, y...

—Hablemos claro —cortó, con un gruñido—: Nadie mejor que yo, porque tengo motivos sobrados, porque he sido tu psiquiatra, te conoce. Amanda. Nadie mejor que yo. Y... si yo estoy aquí es por... Porque, sigo hablando claro, he dicho antes una mentira; no venía a despedirme, sino a... a pedirte algo... Y puesto que el azar nos lo entrega, casi hecho, pongamos nosotros el resto, y en paz... ¿Hay acuerdo?

Hubo, por fin, rubor en el rostro de Amanda.

—Ed... yo...

—No voy a presionarte, ni a darte prisa. Tenemos todo el día por delante, y un largo vuelo juntos. Digamos que tengo veinticuatro horas de tiempo para convencerte.

Ella cerró los ojos.

Estaba muy bonita con el rubor.

Susurró:

—Creo... creo que sobraré tiempo, Ed...

Estaban frente a frente.

—Abre los ojos, Amanda —pidió Ed.

Ella lo hizo.

¡Qué grandes y hermosos!

—¿De veras crees que nos sobraré tiempo?

—Si no lo perdemos... —sonrió Amanda.

—Nada de eso; soy hombre práctico... Ahora sí tomaré algo, contigo. Te permito brindar conmigo, con un poco de *whisky*... Pero solo un poco.

—¿Voy a caer en manos de un tirano? —sonrió Amanda.

—En todo caso, prometo ser un buen tirano para ti... Chin-chin.

Adiós, muertos; adiós, violinista loco... Ya no tocaría más su solo de violín para difuntos...

FIN



¡UN VIAJE MARAVILLOSO POR EL MUNDO DE LA ALEGRÍA!



Divertidas
aventuras
y los mejores
chistes
gráficos.
Para toda
la familia.

REVISTA

CONDORITO